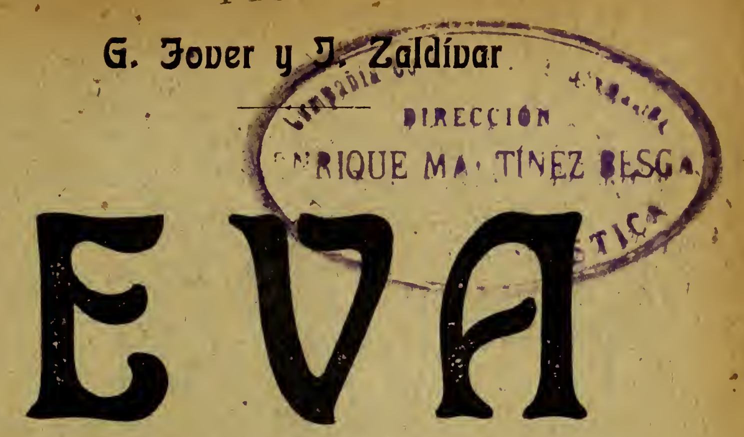
G. Jover y J. Zaldívar



EVA

Opereta en tres actos

música del maestro

FRANZ LEHAR

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

EVA

EVA

LA HIJA DE LA FÁBRICA

(DAS MADELL FABRICK)

OPERETA EN TRES ACTOS

ADAPTACIÓN Y ARREGLO DE GONZALO JOVER

CANTA E J. ZALDÍVAR

MÚSICA DEL MAESTRO

FRANZ LEHAR

Estrenada en el «Teatro de Novedades», de Barcelona, la noche del 12 de Febrero de 1912



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

Al distinguido escritor Miguel Nieto, como deuda de gratitud.

LOS AUTORES



REPARTO

PERSONAJES	ACTORES NOVEDADES		ACTORES NUEVO	
Eva	Srta.	Angelina Villar.	Srta.	Aracil.
Magda	»	Pilar Martí.	»	Arellano.
Camarera	»	Amparo Martí.	»	N. N.
Octavio Flaubert	Sr.	Ortiz de Zárate.	Sr.	Rojo.
Dagobert	»	Barreto.	»	Santpere.
Voisin	»	López.	»	Oya.
Prunelles	»	García.	»	Zanón.
Larouse	»	Bergés.	»	Mir.
Duque Jorge	»	Font.	»	Cónsul.
Matías	»	Cayetano.	»	Sanz.
Schichi	»	Arribas.	»	Willy.
Ferri	»	Boti.	»	Torres.
Tedy	»	Mestres.	»	Maella.
Fredy	»	Boti.	»	Ros.
Chauffeur	»	Martí.	»	N. N.

Siete señoras, obreros, cocottes, jóvenes de París, criados, etc.

Actos 1.° y 2.° en una provincia del mediodía de Francia. Acto 3.° en París

Derecha e izquierda del espectador.

Para los materiales de «El Sr. Conde de Luxemburgo», «Mujeres Vienesas» y la presente, dirigirse a Angel Guix, Barbará, 2, 2.°



ACTO PRIMERO

Despacho-gerencia de una fábrica de vidrio en un departamento del mediodía de Francia. Al levantarse el telón, Prunelles y el coro de obreros están en escena. A la izquierda una mesa con regalos, cajas de cartón, sombrereras, etc. Puertas laterales y al fondo. Por ésta se perciben las máquinas de la fábrica. La acción comienza al mediodía.

Música

(Al levantarse el telón suena la campana de la fábrica, salida de los obreros al mediodía.)

CORO — Hoy todo júbilo y dicha ha de ser.
T. Y D. — Vamos a ver.
UNO — ¡Ah? Venga el regalo ya.
OTROS — Tráigalo acá.
TIPL. — Debe haber telas
y faldas preciosas.
OTROS — No faltarán
de seguro otras cosas.
TIPL. — Así pienso yo.
BAJO — Como siempre Larous se encargó.
LAROU. — (Apareciendo en la entrada.) (A unos.)
Hay que formar
calle de honor,
que va a llegar. (A otros.)

(Vase rápidamente por la izquierda. Agitación e impaciencia general. Los obreros forman calle. Prunelles poniendo orden en las filas.)

PRUN. — Eso es. Así. Quietos. El efecto será admirable.

Hablado

(Expectación en los obreros. Al presentarse Eva todos prorrumpen en vivas, agitando los pañuelos. Larouse aparece con Eva, muchacha de veinte años, cabello rubio dorado, carácter especial, que a veces parece diabólico. Coqueta por naturaleza. Lleva el peinado recogido. Traje sencillo y limpio, delantal blanco, ningún adorno. Su conjunto atrae. Uno de los obreros dirige como si manejase la batuta.)

CORO — Que viva, que viva Eva, que es
linda y pura como Abril.
Hoy todos le deseamos
un venturoso porvenir.

ESCENA II

Dichos, EVA y LAROUSE por el foro

LAROU. — ¡Bravo! Estoy satisfecho de todos.

MATÍAS — Nuestra Eva, la hija de la fábrica, cumple hoy los veinte años. Hay que celebrar dignamente tal acontecimiento.

EVA — Gracias. Vuestro cariño es infinito hacia mí. Sois espléndidos. No obstante vuestra pobreza, hay aquí regalos magníficos.

VOISIN — Nada es caro a escote.

SCHI. — La buena voluntad triunfa de la miseria.

PRUN. — Todo te lo mereces.

FERRI — Esta tarde a la hora de comenzar el trabajo, cumplen los veinte años justos de tu hallazgo.

LAROU. — Lo recuerdo... Al sonar la campana nos dirigíamos presurosos a la fábrica, cuando yo, que iba delante percibí un bulto. Nos acercamos curiosos y unos gemidos tenues llegaron a nuestros oídos. Me apoderé rápidamente del bulto, lo descubrí, y era una recién nacida abandonada... Eras

tú. Movido a compasión quise prohijarte, pero todos los compañeros sentían el mismo deseo generoso y acordamos la adopción general. De todos eres la hija.

VOISIN Criada con biberón.

MATÍAS Eres hoy nuestro orgullo y nuestro encanto.

LAROU. Nuestro amor. Yo soy viejo y puedo decirlo sin que suenen a malicia mis palabras.

FERRI Pero, ¿quién sería la madre que la abandonó?

PRUN. Alguna pécora... Divorciada de seguro.

LAROU. Silencio. No ofendamos la memoria de aquella mujer. Quién sabe el misterio de su abandono. Nada se supo nunca de ella. Nadie la ha conocido.

EVA Sin embargo yo la he visto.

LAROU. ¿Tú?

TODOS Cuenta. Cuenta. (Rodeándola curiosos).

EVA La he visto. Se llama Eva como yo.

VOISIN Puede ser... porque todas las hembras sois hijas de Eva.

LAROU. Calla, nieto de Adán. ¿Pero cuándo ha sido eso?

EVA Anoche.

VOISIN ¿Y cómo ha sido?

EVA En un sueño. Escuchad.

Música

(Recitado y Canción.)

EVA ¡Fué el ensueño hermoso! ¡Divino sueño! Me parece aún ver la imagen reflejada en el espejo engalanado con ricos tapices de terciopelo color de rosa. ¿Era yo? ¿Era mi madre? Recuerdo...

Canto

(Como soñando.)

Los vivos reflejos
las sedas esmaltan...
en claros espejos
con esplendor
los mil tornasoles
brillantes resaltan
forjando cuadro
fascinador.
Son sus ojos obscuros
en campo de nieve
y sus dientes cual perlas
en lindo coral.
¡Cabello sedoso
de oro en relieve
orlando su rostro... angelical!
¡Belleza radiante de amor!
Cual soberana con resplandor
de Majestad...
Con todo el brillo deslumbrador
de la beldad.
Cuadro adorado
idolatrada visión;
de mis ensueños
dorada bella ilusión.
¡Aquella es mi madre!... así debió ser.
Y frente al espejo
mi rostro al ver
contemplo a mi madre.
Debió ser así,
su alma bendita yo siento en mí.
Mas breve instante de dicha fué
mi dulce ensueño fascinador.
¡Cuando a la vida real desperté
mi bello encanto trocóse en dolor!
Galas de rosa, fugaz vivir
nacen y a poco han de sucumbir.

Cual primavera que rauda se va
fuese mi bien también.
Mas su recuerdo en mi ser vivirá.
Felicidad, ven, ven...

Hablado

LAROU. Eso es una quimera. Olvídate del sueño.
FERRI ¿Pero no remojamos el cumpleaños?
MATÍAS Tenemos tiempo.
VOISIN Dichosos vosotros.
SCHI. ¿Y tú?
PRUN. Ni él, ni yo, podemos abandonar el escritorio sin presentar la correspondencia a la firma del nuevo amo.
EVA ¿Vino ya?
PRUN. Anoche.
FERRI ¿Y qué hizo cuando llegó?
VOISIN Acostarse.
MATÍAS ¿Y qué ha hecho toda la mañana?
PRUN. Dormir.
MATÍAS Bonita ocupación.
VOISIN Es un señorito parisién que no entiende de más vidrios que los de las copas de champagne.
MATÍAS Dicen que el señorito Octavio es un calavera que lleva en la capital una vida desastrosa.
EVA ¡Desgraciado!
VOISIN Todos los sports le atraen... Todas las fiestas le seducen... Todas las cocottes le enamoran.
LAROU. Silencio. Es el amo.
EVA Cuanto le compadezco.
VOISIN Porque eres excesivamente generosa.
LAROU. Más que tú, charlatán. ¡Ea! Largo de aquí... Me parece que oigo rebullirse a la gente por allá dentro... Debe de haberse levantado el amo. Vámonos, Eva.
EVA Pero...
MATÍAS Antes de entrar esta tarde al trabajo he-

mos de brindar juntos por tu prosperidad futura.

FERRI Dices bien.

TODOS Sí, sí.

LAROU. Está el ágape prevenido en mi casa. En marcha, compañeros.

ESCENA III

PRUNELLES, VOISIN y OCTAVIO

PRUN. A nosotros corresponde aguantar el primer choque... Ya está aquí.

VOISIN ¿El choque?

PRUN. El nuevo amo.

VOISIN Valor.

OCTAV. Señores... (Saliendo.)

P. V. Señor.

OCTAV. ¿Puede saberse por dónde anda esta tropa de obreros? Me levanto ahora... y no encuentro a nadie en la fábrica.

PRUN. Están celebrando el cumpleaños de Eva.

OCTAV. ¿De Eva pecadora?

PRUN. No, señor. Eva inocente.

VOISIN Inocente y hermosa. Es la hija de la fábrica.

OCTAV. Sé algo de esa historia... Una chicuela abandonada.

PRUN. Y hoy una mujer divina. Hace veinte años ya. Por esta fecha, todos los años se concede un descanso de algunas horas a los obreros...

OCTAV. ¿Y así se elabora el vidrio?

VOISIN No, señor. Así no se elabora. Siempre se rompe con la alegría y la fiesta algún casco... Y eso se gana.

OCTAV. No, hombre, eso se pierde... Una botella menos.

VOISIN Permita el señor... Es una botella más a elaborar.

OCTAV. ¿Usted es el mayordomo?

PRUN. El mayordomo es el viejo Larouse... un ex-

celente compañero. Hace más de veinte y cinco años que pertenece a la fábrica. Nosotros somos los encargados del escritorio... Por eso estamos aquí... para poner a la firma de usted la correspondencia pendiente.

VOISIN Correo de varios días... Además hay cuentas... facturas...

OCTAV. ¿Conqué ustedes son los únicos que no participan de la fiesta... que no tributan homenaje a esa Eva... llovida del cielo?

VOISIN Debió venir de allí porque es hermosa y buena como un ángel.

OCTAV. La veré.

PRUN. Señor, urge despachar la correspondencia.

OCTAV. Aguardad... Quiero brindar antes con mis obreros por la bella festejada. Acompañadme a levantar la copa en su honor.

PRUN. Tanto honor.

VOISIN Aquí hay vaso.

PRUN. Aquí hay botella.

OCTAV. ¿Fumáis? (Ofrece cigarros. Prunelles y Voisin toman los cigarros.)

PRUN. Buena marca. (Examinándolo.)

OCTAV. ¡A la felicidad de la hija de la fábrica! (Bebe.)

P. Y V. ¡A su felicidad!

OCTAV. Ahora cuando gustéis...

PRUN. Vamos por el correo.

VOISIN Es simpático el nuevo dueño. (Vase.)

ESCENA IV

OCTAVIO

OCTAV. Pues señor, bien... Esto parece un sueño. Estaba en París, donde de orgía en jarana daba ya fondo a mi fortuna, cuando me encuentro de repente heredero de un tío millonario y casi desconocido. El único péro de la dichosa herencia es que su ri-

queza esencial consiste en esta fábrica de vidrio que hay que cuidar y dirigir... ¡Yo fabricante! ¡Ja, ja, ja!

Música

Dentro del número.

ESCENA V

Dicho, VOISIN y PRUNELLES

OCTAV. Qué suerte tengo. Eso es todo.
Ella el camino ha de trazar.
Seguir es fuerza nuestro sino
y sus designios acatar.
¿Yo de repente en jefe y dueño?
¿Yo la fábrica dirigir?
¡Oh, Dios! No vuelvo de mi asombro
y siento impulsos de reir.

(Voisin entra y deja sobre la mesa un montón de cartas comerciales.)

VOISIN Ya puede leerlas
y revisarlas
y si conforme está
firmarlas.

(Se inclina con afectación, mira a Octavio sonriendo irónicamente al marcharse.)

OCTAV. (Solo. Toma algunas cartas, se cala el monóculo y lee. Demuestra asombro y vuelve a dejar desdeñosamente los papeles.)
Si alguno hubiera dicho ayer:
Octavio vas a trabajar;
le hubiera contestado yo:
guárdese usted de bromear.
Trabajo implica sujeción,
no quiero ser un maniquí.
Ni orden ni puntualidad
nadie hallará jamás en mí.

PRUÑ. (Entra con papeles que deja también sobre la mesa.)

Ya puede leerlas
y revisarlas
y si conforme está
firmarlas.

(Octavio pasa un momento la vista por los papeles. Prunelles hace medio mutis.)

OCTAV. (Llamándole.)
Aguarde. ¿Ha estado usted en París?
PRUN. Estuve siendo empleado.
OCTAV. La gran ciudad. Cuna del placer.
PRUN. Siempre fué de mi agrado.
OCTAV. ¿Y conoció a la Lavalier?
PRUN. La conocí... Soberbia mujer. (Rápido.)
OCTAV. ¡Oh, sí, piramidal!
la reina del cuplé.
PRUN. La artista sin rival.
OCTAV. Usted ya se ve que es de mi opinión
y sabe el mérito apreciar. (Alegre.)
La Lavalier roba el corazón
de los que escuchan su cantar.
Recuerdo muy bien
la alegre canción.
en que ella consigue
vítores y ovación.
El placer, tin tilín,
tilín, tilín,
y el cristal, tin tilín,
tilín, tilín, tilán,
son dos cosas delicadas
y de fragil calidad.
De placer, tin, tilín, etc.
morirán, tin, tilín, etc.
Es el placer sutil...
PRUN. Sutil.
OCTAV. Lo mismo que el cristal.
PRUN. Si tal.
OCTAV. Que al choque brusco
suélese quebrar.
No abuses del licor
que es néctar ideal
y huríes seductoras
forjará.

Pues si hay placer encantador
en el feliz soñar...
podría suceder
que tu mujer real
en tanto sueñas tú
tin tilín, tilán.
(Alzando los brazos alternativamente.)
La mujer tin... etc.
y el cristal... etc.
son sensibles al ambiente
que las suele rodear.
El calor tin, tilín, etc.
pasional, tin, etc.
muchas veces las empaña
sin poderlo remediar.
Es el placer sutil
lo mismo que el cristal, etc.

(Octavio toma una copa vacía del escritorio y la levanta, ejecutando movimientos de baile. Al mismo tiempo golpea la copa con un cuchillo de cortar papel. Prunelles le imita.)

LOS DOS ¡Tin, tin, tilín! (Al terminar.)

ESCENA VI

OCTAVIO y PRUNELLES

Hablado

OCTAV. ¿Conqué ha estado usted en París?

PRUN. Y me vine huyendo. Cierta historia... en la que andaba mezclado el dios Cupido.

OCTAV. Merece usted mi confianza. Se encargará usted de mi representación en la fábrica.

PRUN. ¿Y qué hará usted?

OCTAV. Divertirme.

PRUN. Es un poco difícil aquí... Estas gentes de provincias son excesivamente morigeradas. Todo les asusta y escandaliza.

OCTAV. No me importa su opinión sino mi gusto.

PRUN. Está usted en su derecho.

ESCENA VII

Dichos y DAGOBERTO

DAG. ¡Octavio! (Llegando por la izquierda.)

OCTA. ¿Quién es?... ¡Ah! ¿Tú por aquí, Dagoberto? Pasa, lindo don Juan.

DAG. Chico, aquí me tienes, o por mi mejor decir, aquí nos tienes a Magda y a mí, la linda divorciada...

OCTAV. Llegáis a tiempo. Bienvenidos. Porque os confieso, que ya empezaba a aburrirme.

DAG. Esta mañana en París, en el Círculo, me dijeron que te habías venido a tomar posesión de tu herencia y pensé en seguida venir a verte... Comuniqué a Magda la idea del viaje, aceptó palmoteando de alegría, tomamos un auto de alquiler... y aquí nos tienes.

OCTAV. ¿Y Magda?

DAG. Espera en el auto tu venia.

OCTAV. ¿De cuándo acá tan política? (Riendo.)

DAG. Fué en previsión de no encontrarte. Somos contigo al momento. (Vase por donde vino.)

ESCENA VIII

OCTAVIO y PRUNELLES

PRUN. Señor, es ella... la protagonista de mi historia.

OCTAV. ¿Cómo?

PRUN. Sí. Mi esposa de quien hace algún tiempo me divorcié... Busca consuelo en su soledad.

OCTAV. ¡Bah! Esa es la vida... Pues oiga; Dagoberto tiene propósito de casarse con ella... Si llega a efectuarse esa boda puede usted ser... el tercero en discordia.

PRUN. Tendría gracia.
OCTAV. Bueno, recoja usted esos papeles... y vamos un instante a los talleres... quiero ver como trabajan mis obreros. (Vanse por el fondo.)

ESCENA IX

MAGDA y DAGOBERTO, por la izquierda

DAG. Ya estamos lejos del mundanal París.
MAGDA ¿Y Octavio?
DAG. Aquí se hallaba hace un momento... Chica, cómo se ha alegrado de nuestra llegada. Me ha confesado que ya empezaba a aburrirse.
MAGDA Y aun no hace veinticuatro horas que dejó París.
DAG. Pronto empezará su vida de locuras.
MAGDA El no sabe que en estos pueblos es preciso ante todo cubrir las apariencias.
DAG. ¡Magda! (Intenta abrazarla.)
MAGDA Quieto. Aquí es preciso reportarse. No estamos en París.
DAG. ¡Te quiero tanto!
MAGDA ¡Tonto!
DAG. No. Tanto.
MAGDA Nadie te impide enamorarme, pero ha de ser al estilo provinciano.
DAG. Debe de ser aburrido.
MAGDA Ay, Dagoberto... Aquí es preciso temer al escándalo.

Música

DAG.
No hay que temer
estamos bien aquí
La casa es de un amigo de verdad.
MAGDA
Pobre de mí. Es la primera vez
que siento los impulsos
de febril curiosidad.
DAG. (Poético.)

Es mi ilusión
el amoroso nido del dulce hogar.
Poética mansión donde has de ver...

MAGDA ¿Qué puedo ver?

DAG. Verás reproducido
el templo del placer.

MAGDA Ardiente anhelo me impulsó
pues lo nuevo me llama,
usted también me fascinó
con su terrible fama.
Pues siempre el hombre es criminal.

DAG. No todos.
Yo te ruego...
te ruego no hables en plural.

MAGDA A su intención me entrego.

DAG. Pues ven acá

MAGDA Al punto voy. (Acercándose a él.)

DAG. Yo franco ser prefiero.

MAGDA A su disposición estoy
si usted es caballero.

DAG. De mí no dudes, por merced
¡oh niña encantadora!

MAGDA Deseo que me diga usted
en lo que piensa ahora.

DAG. A tí mis pensamientos van
cual van al mar los ríos.
Tu ardiente amor es hoy mi afán
tus duelos son los míos.
Magda, vida mía,
tu eres, niña hermosa, mi ilusión,
tus labios besaría
para libar la miel del puro amor.
Tenerte anhelo junto a mí,
vivo sólo para ti.
Dame tu querer
y será feliz tu Dagoberto.

MAGDA ¿Di, porque me llamas
vida, niña hermosa y tu ilusión?
(Los dos repiten la frase juntos.)
¡Chiflado estás! (Romántica.)

DAG. ¡Chiflado estoy!

MAGDA ¡Oh, sacrosanto idilio!

DAG. ¡Mas no merezco aquel fiual
del príncipe Basilio!

MAGDA Yo soy tu Angela Didier
y tú serás mi Conde.

DAG. Si el Luxemburgo debo ser
triunfar me corresponde.

MAGDA Tus dudas se desterrarán
mis claras pruebas viendo,
y ahora premiaré tu afán
tus frases repitiendo.
Magda, vida mía,
tu eres, niña hermosa, mi ilusión... etc.

Baile

Creo que mejor será
que le digas a papá.
Quiero a Magda hermosa
hágala mi esposa. (Los dos bis.)

Hablado

MAGDA Ya lo sabes... Y ahora pensemos en Octavio.

DAG. Aguarda, monina... Voy a despedir y a pagar al chauffeur. (Suspira 1uidosamente y vase por la izquierda.)

ESCENA X

MAGDA, en seguida PRUNELLES

(Magda al verse sola va hacia el primer término derecha donde se sienta frente al público.)

PRUN. (Entrando por el fondo.) ¡Oh! Hela allí... (Se acerca en silencio hasta Magda poniéndose tras ella.) ¡Magda!

MAGDA (Vuelve la cabeza al oir la voz de Prunelles.) ¡Pru-

nelles! ¡Tú aquí! Felices los ojos. Cuanto tiempo sin vernos.

PRUN. Es cierto. ¿Cómo te va en tu nuevo estado de divorciada?

MAGDA Bien. Soy libre como el aire. Nadie se opone a mis caprichos.

PRUN. ¿Nadie? ¿Y ese que te acompaña?

MAGDA ¿Ese? Es un aspirante a mi blanca mano... Quiere casarse conmigo. Veremos si se doblega a mis caprichos.

PRUN. ¿Sabes que estás linda? (Que la contempla despacio.)

MAGDA ¿Sí?

PRUN. ¡Encantadora! Tus mejillas están incitantes... Esas mejillas que tanto he besado otras veces... (Le da un beso por sorpresa.)

MAGDA (Protestando cariñosa.) ¡Eh!... Quietecito, señor ladrón de besos... Formalidad, si no regañaremos.

ESCENA XI

Dichos. DAGOBERTO por la izquierda. Al verle llegar se aparta Prunelles de Magda

DAG. Aquí estoy, monina... ¿Eh? ¿Quién es? (Reparando en Prunelles.)

MAGDA (Señalando a Prunelles.) Tengo el honor de presentarte a mi esposo... *in partibus*... Es decir, mi ex-esposo. (A Prunelles por Dagoberto.) ¡Mi futuro! (Los dos hombres se dan la mano.)

DAG. Caballero... Su divorcio ha sido el principio de mi felicidad... Gracias, caballero. (Suspira ruidosamente.)

PRUN. Lo celebro.

DAG. ¿Y Octavio?

PRUN. Allá dentro lo he dejado con mi compañero, el otro secretario, examinando unos planos de nueva maquinaria.

DAG. Pues vamos en su busca. Ya tengo gran curiosidad por conocer esto. ¿Viene usted,

caballero? (Ofrece el brazo a Magda que ésta acepta. Al volverse la pareja hacia el fondo. Prunelles a un descuido de Magda la pellizca en un brazo.)

MAGDA ¡Ay! (Dando un grito)

DAG. ¿Qué te pasa?

MAGDA (Disculpándose.) Nada... No es nada... Un dolor que he sentido en el dedo gordo del pie.

DAG. ¿Gordo? Protesto... Tú que tienes los pies tan pequeñitos. (Suspira ruidosamente.) Vamos, monina. Los tres vanse por el fondo.)

ESCENA XII

OCTÁVIO y VOISIN por la derecha, después EVA por la izquierda

OCTAV. Muy interesantes esos planos...

VOISIN Su tío de usted cifraba en ellos grandes esperanzas... Quería dar mayor impulso a la fábrica.

OCTAV. ¿Quién es esa joven? (Señalando a Eva que entra por la izquierda.)

VOISIN Eva.

OCTAV. ¡Ah! ¿La hija de la fábrica? Hermosa niña... Voisin, llévese los planos al escritorio y siga despachando la correspondencia. (Saluda Voisin y vase por la derecha.)

OCTAV. ¡Eva!

EVA ¿Qué? (Que se dirigía a la mesa de la izquierda donde hay varias cajas y regalos. Volviéndose.)

OCTAV. Perdón, niña hermosa... Soy el nuevo amo... No se asuste usted... Es usted demasiado linda... Comprendo que tanto la quieran mis obreros.

EVA Señor... (Retrocediendo conforme avanza hacia ella Octavio.)

OCTAV. Todos esos regalos pregonan su cariño...

EVA Señor, usted perdone... Venía por ellos... por mis regalos.

OCTAV. ¡Oh, niña hechicera! Yo le ayudaré a ponerlos en sus manos... Son tantos, ¿me

permite usted?... (Octavio toma una larga caja de cartón y se la pone a Eva en sus brazos extendidos. Después, sobre la caja, coloca otras y regalos, a cuyo peso se ve a Eva que pierde el equilibrio amenazando la estabilidad de los objetos. Al ir a colocar un nuevo regalo, Octavio intenta abrazarla; ella se aparta esquivando el abrazo y todas las cajas y objetos caen al suelo.

EVA — Es usted muy atrevido. (Vase corriendo por la izquierda.)

OCTAV. — ¡Oh, linda muñequita de marfil.

ESCENA XIII

OCTAVIO y MAGDA, por el fondo

MAGDA — ¡Octavio!

OCTAV. — (Dándole la mano.) Hola, Magda simpática... Estoy encantado de volverte a ver...

MAGDA — Allá dejo a Dagoberto curioseando tu fábrica... ¡Oh, esto debe de ser aburridísimo!

OCTAV. — Pues mira... yo creo que no debe ser tan aburrido. (Mira hacia donde se fué Eva.)

MAGDA — ¿Hay aquí bailes, teatros, un cine siquiera?

OCTAV. — Creo que no.

MAGDA — Pues entonces ¿qué hace la gente de noche?

OCTAV. — Duerme.

MAGDA — ¡Lirón!

OCTAV. — No. Si yo no podría aunque quisiese... Precisamente esta noche me ha ocurrido eso... Para mí es la hora en que por costumbre inveterada comienzo a vivir.

MAGDA — Naturalmente.

OCTAV. — He probado otras veces... Es inútil... En lugar de dormir, sueño. Los duendecillos de Montmartre turban con muecas picarescas mi tranquilidad. Sueño con París... con su barrio Latino, que por algo está en la izquierda de la capital... al lado del corazón... porque es el centro del amor y del placer.

Música

I.

OCTAV. A media noche aquí
ninguno vela ya;
me acuesto como todos
con el fin de descansar.
De pronto yo no sé
que vértigo me da...

MAGDA ¡Dios mío, qué terror!
No he visto cosa igual.
¿Quién diantre ni con qué intención
te pueden molestar?
Por fuerza debe ser
algún amigo audaz
que en broma quiere
tu tranquilo sueño perturbar.

OCTAV. No hay tal y el caso
te lo voy a descifrar.

(A un tiempo.)

MAGDA El caso es raro de verdad.

OCTAV. Los duendes de Montmartre
me suelen despertar;
me calzan y me visten,
me empiezan a empujar.
He de salir de casa
cual galgo corredor...
y así a la fuerza tengo
que ser trasnochador.

II.

MAGDA A media noche aquí
velando el diablo está.
Se ríe y algo dice
que no puedo yo explicar.
Oculto en un rincón
preludia sin compás
su rara melodía
sobrenatural.

OCTAV. Entonces Lucifer
cual genio musical
empuña el arco y el violín
y empieza a ejecutar.
Oímos con placer
su música infernal
y a todos nos seduce
su manera de tocar.

MAGDA El planta en tus narices, pues,
el frac y el clac.

LOS DOS Los duendes de Montmartre... etc.
(Baile y evolución. Vase Magda.)

ESCENA XIV

OCTAVIO, PRUNELLES y VOISIN. Luego OBREROS

Hablado

PRUN. Va a dar la una.

OCTAV. ¿Y qué?

VOISIN Que se reanuda a esa hora el trabajo de la fábrica.

PRUN. Ya entran en ella los obreros.

OCTAV. ¿Y Eva?

VOISIN Mírela usted. Allá viene con Larouse, el mayordomo. (Comienzan a entrar los obreros.)

PRUN. Siempre puntual y exacto. (Un reloj da una campanada.)

VOISIN Y ella siempre hermosa.

EVA La una.

LAROU. Pues, hála. Cada uno a su puesto.

ESCENA XV

EVA, OCTAVIO, LAROUSE, PRUNELLES, VOISIN, SCHICHI, MATIAS, FERRI, OBREROS y OBRERAS

Música

Final 1.º

PRUN. ¡Alto! Deteneos un instante.
No entréis aún a trabajar.
Aquí tenéis el nuevo amo
a quien os debo presentar.
Es el señor de Flober.
(Indicando a Octavio, los obreros se quitan las gorras.)
Presento a usted el personal.
(A Octavio.)

LAROU. Muy bienvenido sea usted.
(Avanza resueltamente y da la mano a Octavio.)

PRUN. (Vaya el discurso de ritual.)

OCTAV. Os doy las gracias.
Podéis contar
en adelante
con mi amistad.
(Saluda con la mano. Pausa embarazosa. No sabe qué decir.)
Es el trabajo dicha y bien...
y emblema de la paz...
Produce gran satisfacción
y buenos frutos da.
Soy lego en este asunto
mas con buena voluntad
por vosotros ser conseguiré
un director cabal.
(Rumores de aprobación.)

PRUN. (Bajo a Octavio.)
Muy bien, señor Flober.
Así se hará usted popular.

OCTAV. Que celebremos creo juntos
tal solemnidad
por mi feliz presentación
opino muchachos,
que hoy debéis holgar.

Hablado

PRUN. ¡Merece un hurra entusiasta el nuevo amo!
OBR 1.º ¡Allá va!
OBRS. ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurraaaa!
OCTAV. Tome usted mil francos. (A Larouse. Le da dos billetes.) Si no bastan, pida más.
CORO ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurraaaa!
(Obreros y obreras vanse. Dentro continúan las risas y algazara del grupo, perdiéndose poco a poco. Larouse y Eva van a salir los últimos.)

Canto

OCTAV. Usted de esta niña
es el padre adoptivo.
De Eva según me acaban de informar.
LAROU. Sí, lo soy; y por mi cuenta
no dejaré de serlo jamás.
OCTAV. Según dijéronme
es chica excepcional,
y en posición y clase
debe mejorar.
LAROU. Mejor que aquí en ninguna parte
se encontrará.
OCTAV. No es esa mi opinión.
LAROU. Las apariencias pueden engañarnos,
sólo son un antifaz.
Vestida Eva de señora...
¿a la obrera en ella reconocerán?
OCTAV. En eso yo entiendo más que usted.
LAROU. Gracias. Eva. Vámonos ya.
OCTAV. Aguarde usted.
Deseo una entrevista
con Eva celebrar.
LAROU. (Hablado.) Muy bien. Con su permiso voy allá.
(Vase. Eva permanece durante la escena anterior silenciosa y con la vista en el suelo. De pronto cambia de actitud y levanta la mirada. Resuelta.)

EVA ¿Qué quiere de mí
huérfana obrera?
¿Turbar se propone
mi paz venidera?

OCTAV. ¡Por Dios! Ningún motivo
la induce a tal desconfianza.

EVA Pues algo debe pretender
quien en mi busca se lanza.
Si fuera ésta su intención...
forjó... loca esperanza.

OCTAV. Usted hoy mi interés despertó.
La simpatía me impulsó,
la verdad.

EVA ¿Sólo... la simpatía?

OCTAV. Me explicaré con claridad.
Su talle gentil
su altivo mirar
parecen no ser
de una obrera vulgar.
Más bien es su porte
de dama de corte
y en ella debiera brillar.
Lucir ricos trajes
y sedas y encajes
y espléndido hotel habitar.

EVA (Ironía amarga.)
Las apariencias pueden engañarnos.
Sólo son un antifaz.
Vestida Eva de señora
¿a la obrera en ella reconocerán?

OCTAV. (Animándose.)
¿Nunca tendió la ansiosa mirada
sobre el azul inmenso mar?
¿No vió usted en risueños horizontes
la luz del sol... al despuntar?
Usted también cual sol amanece
y ha de brillar con gran fulgor...
cual soberana en los salones
entre las galas y fastuoso esplendor.

Breve es la vida,
grato el placer...
edad que pasa...
no ha de volver.

EVA (Como extasiada.)
Cual soberana con resplandor...
(En tanto Octavio se acerca a Eva por su espalda hasta que ésta siente su aliento; él se apodera de su mano. Ella trata de apartarse.)

OCTAV. No sé que siento cerca de usted...
De mí no se aparte
por merced.
A su lado así, siempre así
no habrá dicha mayor para mí.

EVA Suélteme usted, no quiero, no;
hay un abismo entre los dos.
Yo no sería feliz.
No. No me pierda por Dios.

OCTAV. ¿Sabes lo que es amar
y una ilusión lograr?

Hablando

EVA Déjeme señor Flober. (Enérgica.)

OCTAV. (Comprendiendo su abuso.) Yo no sé porque se enfada. Me propongo mejorar su situación destinandola a trabajos menos rudos... Usted será mecanógrafa... Y escribirá en mi despacho.

EVA Yo no sé escribir a máquina.

OCTAV. Vaya una dificultad. Aprenda. (Riendo.)

EVA ¿De aquí a mañana? (Apartándose.)

OCTAV. ¿Es qué me tiene usted miedo? (Octavio avanza mirándola fijamente. Ella retrocede hastá quedar materialmente pegada la espalda a la pared.)

EVA ¿Miedo? No.

OCTAV. ¿Por qué se aparta? (Más cerca. Ella alarga los brazos y le detiene, temblando, casi sin voz.)

EVA No, no le temo...

OCTAV. ¿Y ahora? (Acariciándola pasando la mano por su cabellera.)

EVA Ahora sí. (Apartándose bruscamente. Vase corriendo.)

OCTAV. Eva, aguarda. (Ansioso y suplicante. Se pasa la mano por la frente, golpea el suelo con el pie y luego enciende un cigarro.) Bueno. Por algo se empieza. Es preciosa la muchacha.

PRUN. ¡Un hurra a nuestro amo! (Dentro.)

OBRERS. ¡Hurra!

OCTAV. Es verdad, no recordaba mi posición... saludemos a mis obreros... Mil gracias. (Saluda desde la ventana.)

OBRERS. ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurraaa!

OCTAV. ¡Qué gente tan entusiasta! (Ríe y suelta una bocanada de humo. Siéntase delante de la mesa-escritorio y se dispone a escribir.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Salón elegantísimo y fastuoso, decorado con sumo arte. A la izquierda dos puertas, por donde se escapa el deslumbrante foco de la iluminación de los salones inmediatos donde se celebra la fiesta. Al fondo ancha puerta que da a un lujoso recibimiento, que deja ver por otra puerta un jardín iluminado por farolillos venecianos. A la derecha, primer término, ancho ventanal de vidrieras por las que se filtra la luz de la luna. Entre el ventanal y la puerta del fondo un gran jarrón artístico con plantas tropicales, y más allá, una monumental estatua de Venus. Ilumina la escena una soberbia araña centro de luz eléctrica, cuyo conmutador está cerca del ventanal. Una chaise-longue a la izquierda, primer término; mesa Luis XV a la derecha, y repartidos por la escena con el mayor gusto, sillas, sillones, mesitas japonesas, etc.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, salen por el fondo algunas damas y caballeros, de rigurosa etiqueta; ellas con caprichosos y modernistas trajes; al son de la orquesta ejecutan artísticos trenzados y giros; después llega MAGDA perseguida por DAGOBERTO, PRUNELLES, TEDY, FREDY, y Coro de Caballeros.

Música

BAILE DE DAMAS Y CABALLEROS

MAGDA (Saliendo. Todos intentan besarla, Dagoberto lo impide.)

Dagoberto, por compasión
protéjame usted.

DAG. Caballeros por favor
basta... No abuséis.

Esta niña es nueva aquí
respetad su timidez.
Inocente palomita
la amilana tal tropel. (A Magda.)
Pobre niña te cercó
la legión de Lucifer.

CABA. El beso en nuestra ciudad
es pura cortesía,
y el intentarlo rechazar
sensible tontería.
Cuando una niña angelical
produce en mí embeleso...
lo más corriente y natural
será pedirle un beso.

MAGDA En vista de lo que escuché (Riendo.)
acepto vuestra explicación
más por besada me daré...
confórmense con la intención.

DAG. Parece ya formal mujer.

CORO Parece el mundo conocer.

OTROS Bien supo responder.

MAGDA Respeto vuestro parecer...
Debo yo acatar
sus opiniones
que al fin y al cabo son
suposiciones
Aunque formal mujer
me acaban de llamar,
se pueden equivocar.

(Baile. Todos repiten y vanse por el fondo bailando hacia atrás; dos caballeros levantan en alto a Magda y se la llevan.)

ESCENA II

OCTAVIO, DAMAS y CABALLEROS, MAGDA, DAGOBERTO y PRUNELLES

Hablado

OCTAV. ¡Viva la alegría!... ¡Divina noche de placer!... ¡Inolvidables momentos de amor!...

MAGDA Apenas nacidos, olvidados.

OCTAV. ¡Oh, París... París!...

MAGDA No pienses en él. La locura sea el cetro que nos presida.

OCTAV. Yo adoro y admiro la gran ciudad. Alejado de ella contra mi deseo, os he invitado a recordármela.

TED. Y aquí estamos puntuales a tu llamamiento.

FRED. Remembrando en esta noche tantas otras encantadoras.

DAG. Derrochemos el placer y la alegría.

OCTAV. Magda preside la fiesta.

TED. Es nuestra reina. ¡Coronémosla! (Por dentro se oyen las voces de los invitados.)

OCTAV. ¿No oís, palomitas mías, los gritos de mis invitados? Ellos os llaman entusiastas... Sin vosotras, la luz de la locura y del placer se extingue... ¡Id allá, vírgenes del amor!

MAGDA ¡Riamos!... ¡Lancemos al viento el cristal sonoro de nuestras risas!... (Todos riendo en unión de algunos caballeros, desaparecen por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA III

OCTAVIO, DAGOBERTO, PRUNELLES, TEDY, FREDY, JORGE, GUSTAVO y VOISIN

OCTAV. Charlemos, queridos amigos... charlemos del amor y de París. (Cada caballero toma una silla y se sientan en fila, algo oblícua al proscenio, en primer término. Ante ellos toma asiento Octavio también.) Sentáos y recordemos a París, la ciudad de la luz, el templo deslumbrante del amor...

DAG. ¡Oh, tú, vive mil años, anfitrión sublime!

OCTAV. Pensemos en la ciudad del placer, y en sus mujeres hermosas y gráciles... en las delicias de una noche de locuras... Charlemos, queridos míos, de París...

Música

I.

OCTAV. Todo el que andando rompe un par
de botas en París,
se considera parisién
aun siendo de Pekin.
En cuanto abusa del champañ
un Fausto cree ser
y sueña estar en posesión
de cuantas niñas ve.

TODOS Y qué graciosas
y qué vivarachas
allí en París son
todas las muchachas.

OCTAV. ¡Sacerdotisas del Dios amor!

TODOS Aroma exhalan embriagador.

OCTAV. Sus trajes cuestan
un millar de francos.

TODOS Y quien los paga
pasa mil atrancos.

OCTAV. Oh, qué muchachas
las de París!...

TODOS Las que nos ponen en un tris.

OCTAV. ¡Oh, ambiente parisino!
¡Oh, suelo parisién!
Hoy parisilizado
se encuentra hasta el Magzen.
Tus vicios nos atraen,
nos llegan a imantar,
y en su recinto hermoso
más grato es el pecar. (Todos repiten.)

II.

OCTAV. Siempre es el árbitro en París
el neto vividor.
Tiene en un puño a la mujer,
su renta es el amor.

(Saca el reloj y con el dedo indica una dirección determinada.)

Basta de bromas y de hablar.
Las diez... «Café Tortoni»...
Allí el amor se cura bien
sin hilos a lo Marconi.

MAG. Y SIETE SRAS. (Que poco a poco se acercan atraídas por la curiosidad.)

Estrecha cinta
traba nuestra suerte...
después un lazo
líganos más fuerte;
y del hechizo culpable fué
el buen Tortoni con su café.

OCTAV. Ha de libarse la fragante rosa
un breve instante
cual la mariposa.
¡Oh, qué muchachas las de París!

TODOS Al mismo diablo lo pervertís.

(Repiten todos evolucionando y vanse llevando cada caballero su silla.)

ESCENA IV

CAMARERA y un CRIADO, por el fondo

Hablado

CAM. ¿Dónde está el amo?

CRIA. En los salones.

CAM. Pues dile que estoy aquí. (Vase el Criado.) ¡Oh, como se divierten esos señoritos de París!.. ¡Y que hermosas son ellas y que bien vestidas!... ¡Ay, quién fuera señorita!

ESCENA V

Dicha, OCTAVIO y CRIADO, por la izquierda. Este atraviesa la escena y vase por el fondo

OCTAV. ¿Eres tú? ¿Qué noticias traes?

CAM. Excelentes. Aunque con mucha dificultad, conseguí lo que me proponía.

OCTAV. ¿Vendrá Eva?

CAM. Adornada con las galas que los obreros la regalaron el día de su cumpleaños. Ella no quería. Es tan inocente... pero con habilidad excité su deseo por conocer la fiesta... Eva es curiosa.

OCTAV. ¡Al fin mujer!

CAM. ¡Señor! (Protestando con respeto.) ¡Ella es hermosa! Hay que confesarlo. Y la prueba es que el señor se ha enamorado de ella.

OCTAV. ¿Yo?

CAM. Lo niega usted en vano. Se le conoce en la impaciencia con que la espera. Procure usted que de todo este juego peligroso no se enteren los obreros.

OCTAV. ¿Qué me importa?

CAM. Mucho. La adoran... La idolatran... Y darían por ella su vida.

OCTAV. ¿Tú piensas?...

CAM. No pienso nada, sé que el señor la respetará. En caso contrario no le ayudaría.

OCTAV. Te lo prometo. Puedes, estar tranquila. Soy hombre de conciencia.

CAM. Lo estoy. Y ¡ay de usted si intentase jugarla una mala partida!

OCTAV. ¡Chica!

CAM. No conoce usted aun a sus obreros. Son gente ruda y tenaz a la que nada arredraría hasta tomar venganza de la ofensa.

OCTAV. Soy el amo.

CAM. Pero no puede mandar en sus afectos. En fin, eso es cosa de usted. Yo cumplo con advertirle .

OCTAV. ¿Pero y ella? ¿Eva?

CAM. Está decidida a venir... Cree que nadie la verá... Pero como es tan tímida, vacila... Voy a darle un empujoncito más... Convendría que no estuviese aquí nadie cuando viniera, si no, no entrará.

OCTAV. Es cosa mía. Tú hazla llegar hasta esta puerta.

CAM. Voy... ¿pero de veras no ha de ocurrirle nada malo?

OCTAV. Nada, te lo juro.

CAM. Así sea... Aguarde usted. Es cuestión de unos momentos. (Vase por el fondo.)

ESCENA VI

OCTAVIO después PRUNELLES

OCTAV. ¡Oh! Va a venir... La voy a tener a mi lado en esta noche de placer... No sé si la amo o la deseo... ¿Es amor o capricho? (Ante la estatua.) Madre Venus, diosa del amor, ampara a tu hijo... Haz porque logre la deliciosa conquista de esta niña gentil y bella... (Volviéndose al oir llegar a Prunelles.) Pase, pase, querido amigo... Estoy alegre... satisfecho... Pero, ¿qué cara es esa?

PRUN. (Entrando por la segunda derecha.) El diablo que me lleve... Magda me aprisiona incitante entre sus caprichos pueriles y locos.

OCTAV. ¡Oh, el amor, el amor travieso!

PRUN. No sé. Ahora que la veo próxima a ser de otro, me incita la nueva posesión de lo que fué mío... mío.

OCTAV. ¡Con qué fruición repite usted esa palabra!

PRUN. Llámeme usted chiflado... loco... lo que quiera. Es verdad. ¡Oh! ¡Qué hermosa es la es la fruta prohibida!

OCTAV. Le dejo a usted, loco romántico... Voy un instante a los salones... ¡Oh, rapazuelo amor, qué bien asestas tus tiros!

ESCENA VII

PRUNELLES, en seguida MAGDA

PRUN. Ese imbécil de Dagoberto se va a acordar de mí... No faltaba más... ¡Ah! ¡Ella!

MAGDA ¿Qué haces tan solo? ¿Penitencia? ¿Te atree la vida monástica?

PRUN. (Yendo a ella.) ¡Oh, linda y gentil ex-esposa mía!... Sí, hago penitencia... por el pecado cometido de nuestra separación.

MAGDA ¿Sí?

PRUN. Te confieso que estoy arrepentido. Ya sabes que un punto de contrición salva un alma.

MAGDA Poético estás.

PRUN. Y aun más lo estaría si esos ojos se miraran en los míos... si esa boca se posara en la mía... si esos brazos...

MAGDA Quita, quita... ¿Te olvidas de Dagoberto?

PRUN. Maldito sea él.

MAGDA ¿Te molesta oir su nombre? (Ríe.)

PRUN. Teniéndote a mi lado, sí .. ¡Cuánto daría por un nuevo beso de esa boca tan roja!

MAGDA Pues ya sabes el sabor que tienen.

PRUN. Es cierto. Y por eso lo ansío cuanto más me falta... ¡Ven... ven reina mía!

MAGDA (Esquivándolo cariñosa.) ¡Pícaro!... ¿Continúas enamorado?

PRUN. Ven... ven... (Se dan un beso a tiempo que entra Dagoberto por la segunda izquierda.)

ESCENA VIII

Dichos y DAGOBERTO

DAG. (Suspira al oir el beso. Magda y Prunelles se separan y Dagoberto avanza fúnebre y amenazador hasta Prunelles, quedando ambos con las caras casi unidas, desafiándose altivos con la mirada; después Dagoberto,

saca un guante, lo extiende retador muy despacio a Prunelles y cuando éste va a cogerlo, aquél lo retira y se vuelve a Magda, que oculta avergonzada la cara entre las manos.) ¡Infiel!... ¡Ingrata! ¡Ay! (Suspirando.) Sólo la muerte me resta después de esta escena... Adiós... Pronto seré solamente cadáver... (Yéndose hacia el fondo.)

PRUN. (Irónico.) Ya iremos a levantar ese cadáver.

MAGDA ¡Dagoberto!

DAG. ¿Aun me llamas, traidora? (Volviéndose.)

MAGDA ¡Ji, ji, ji! (Jimiendo).

DAG. ¡No, no me conmoverán tus lágrimas!

MAGDA Comprende... que él ha sido mi esposo.

DAG. Pero yo era tu futuro.

PRUN. Y yo su pasado.

MAGDA Y a un esposo... es decir, a un ex esposo... no se le pueden negar ciertas cosas...

DAG. ¡Pues me gusta!

MAGDA Mientras no esté unida al futuro para siempre.

PRUN. Hombre, hay que ponerse a un término medio... Y mientras usted no tenga reconocido del todo sus derechos...

MAGDA Además, ya conoces mis afectos hacia ti.

DAG. ¿De veras, monina?

PRUN. Eh, ¿qué es eso? No cante usted todavía victoria.

DAG. Eso le tiene a usted sin cuidado.

PRUN. Caballero, no puedo consentir...

MAGDA Basta de disputas... Ambos conocéis mi corazón... Por lo tanto, todo es cuestión de turno. La equidad ante todo.

Música

MAGDA (Al público).

Estos dos amigos son
los que me aman con pasión,
y en esta competencia
no muestro preferencia,

aunque es preciso conservar
a cada cual en su lugar.
Pues consta en el proceso
la fecha del ingreso.

PRUN. Yo en primer lugar.
DAG. Y en segundo yo.
MAGDA Sabe cada cual
cuando ingresó.
DAG. Soy el porvenir.
PRUN. El pasado yo.
MAGDA Y el presente
no se presentó.
PRUN. Tengo yo la antigüedad.
DAG. Que eclipsó mi novedad.
MAGDA Tendré que imponer la separación,
pues veo que vais a reñir,
hoy no puede haber artera agresión,
con calma debéis discutir.
según nueva ley moderna social
la fuerza no tiene razon,
si el hombre es el rey
que en trono ideal
olvida la ley del Talión.
Para el tiempo y la verdad
no existió dificultad.
No sois ningún lerdo...
poneos, pues, de acuerdo.
Del uno el otro vaya en pos
y así alternar podéis los dos.
Que amor, aunque partido,
ser debe agradecido.
DAG. Yo conforme estoy.
PRUN. Yo lo estoy también.
MAGDA Pues entonces
basta de desdén.
PRUN. No hay que resistir.
DAG. Hay que transigir.
MAGDA Despejado queda el porvenir.
DAG. Es un triunfo colosal.
PRUN. La moderna ley social.
LOS DOS No habrá que imponer
la separación,

pues no hay ocasión
de reñir.

MAGDA — Ya no puede haber
artera agresión,
del trance supisteis salir.

LOS DOS — Según nuestra ley
moderna social...

MAGDA — La fuerza no tiene razón.

LOS TRES — Si el hombre es el rey
que en trono ideal
olvida la ley del Talión.

(Baile. Mutis, bailando, al segundo salón izquierda.)

ESCENA IX

OCTAVIO, después EVA

Hablado

OCTAV. (Saliendo por la primera izquierda). Nadie... Esta es la ocasión... Veamos si llega la divina Eva... (Llega al ventanal y mira.) Hermosa noche... noche de ensueños... La luna parece alumbrar con la antorcha de su luz de plata el himeneo de las almas jóvenes... (Pausa.) ¡Ah! Ella viene... Sí... ¡Al fin!... Cómo se estremece mi corazón... ¿Es miedo? ¿Qué pasa en mí? ¡Bah! ¡Qué importa todo! Ella viene, y pronto estará a mi lado...

Música

Recitado en la orquesta.

(En este momento téngase a la vista las indicaciones del cantable. Es importantísimo. Oyese el piano dentro. Octavio, rápidamente apaga las luces, de modo que la escena queda iluminada únicamente por la rojiza claridad que entra por las puertas de la izquierda y la de la luna por el ancho ventanal. Eva llega an-

siosa y con precaución como arrastrada por fuerza irresistible. Queda un instante como fascinada por la elegancia del decorado y esplendidez de la sala. Escucha la música interior, y va hasta la primera puerta izquierda, donde se para.)

EVA — ¡Qué música más agradable!... Cuánta luz, qué brillantez. Todos ríen, todos bailan. Qué hermosas son ellas... ¡Oh, Dios mío!... ¿A qué he venido aquí?... ¿Qué siento hacia ese hombre?

(Continúa mirando al interior de la sala contigua sin poder retirar la vista, y como encantada. Octavio, sin ser visto por Eva avanza hasta ella; ésta, al volverse, se encuentra frente a él y, asustada, hace un movimiento hacia atrás.)

Canto

OCTAV. — ¿Por qué se asusta? Soy yo.
(Toma su mano,)

EVA — (Alejándose del portier. Sobrecogida.)
Perdón... señor Flober...
no comprendo... la verdad...
sin darme cuenta aquí llegué.
Atraída por la luz...
por la música tal vez.

Hablado

Y me avergüenzo... me avergüenzo por usted.

OCTAV. — ¡Eva! (Quiere atraerla.)

EVA — (Resistiendo débilmente.) No.. Si alguien viniera...

OCTAV. — (Yendo rápido al portier.) Nadie viene, ¿a qué temer?

EVA — ¡Qué elegantes las señoras! Si me vieran con usted, se burlarían de mí.

OCTAV. — Nunca, porque puede ser aquí la reina de todas.

EVA — ¿Yo la reina?

OCTAV. — Ya se ve, y eclipsarlas.

EVA — ¿Yo? ¿De veras? (Irónica, pero crédula.)

OCTAV. — ¿Quién la puede a usted vencer en belleza

y donosura? Eva. Eva, escúchame... Tus encantos me fascinan. No me puedo contener. ¿Quieres hacerme dichoso?

EVA ¿Cómo?

OCTAV. Yo te lo diré...

(Eva de pie indecisa sin poder resistir las miradas de Octavio y luchando con su propio sentimiento amoroso.)

Canto

OCTAV. Fuera yo feliz al oir
una sola palabra de amor
que en tus labios es elíxir
que podrá mitigar mi dolor.
Hoy tu mirada se aparta de mí
y sin luz me pretendes dejar
como el sol que en su ocaso
se quiere ocultar.
Deja tu ingrato y esquivo temor
que rendida te ansío mirar
escuchando el arrullo
del canto de amor.
En el fondo de su caliz de azahar
resguarda sus perfumes la flor,
mas una voz la suele despertar
tan suave como el canto del ruiseñor.
Su caliz ya la flor ha de abrir
y cautiva sus aromas esparcir.

EVA ¿Será tal vez
engañadora vision
fantástica dorada ilusión
que como bruma se ha de disipar?

LOS DOS Si amor será también
sublime ficción
no {intento / intentes} su secreto indagar
pues me podría herir
fatal y triste decepción

OCTAV. Tu caliz linda flor has de abrir
y amor nos ha de unir...

Hablado

EVA — Es imposible que yo permanezca aquí más tiempo. ¡Ay, si Larouse se enterase!...

OCTAV. — ¿Y si yo alejase al viejo? ¿Volverías, sí, verdad?

EVA — ¿Y los invitados?

OCTAV. — De esos, yo me encargo. ¿Volverás?

EVA — Correría aquí gran riesgo... Es muy tarde y a estas horas, Larouse vuelve a casa... temo...

OCTAV. — A mi lado nada temas. ¡Eva! (Toma su mano y ambos se contemplan fijamente.)

EVA — (Bajito.) ¡Octavio!

OCTAV. — (Bajito.) ¡Oh! ¡Mi embeleso!

(Octavio se apodera de sus dos manos para despedirse de ella, atrayéndola dulcemente hacia sí. Eva reclina su cabeza en el pecho de Octavio y sus bocas se unen rápidamente, después del brevísimo beso. Eva huye desapareciendo por donde vino.)

ESCENA X

OCTAVIO, después DAGOBERTO

OCTAV. — ¡Oh, qué hermosa! (Desde el fondo, ve desaparecer a Eva, luego se acerca al conmutador y da luz, iluminándose la escena.)

DAG. — (En la puerta segunda de la izquierda con una botella de champagne en la mano.) Octavio... ven y admirarás a las damas... Están en el momen psicológico de la caída de la manzana.

OCTAV. — Vete al infierno.

DAG. — ¡Oh!... Tu fiesta va a quedar grabada en nuestros corazones con el divino cincel de los recuerdos de amor...

OCTAV. — Déjame en paz...

DAG. — Entra a beber el champagne... que su espuma embriagadora te salpique... (Vase Dagoberto.)

OCTAV. — Voy... voy... ¡Ah, qué veo! (Al ver entrar a la Camarera.)

ESCENA XI

OCTAVIO y CAMARERA

OCTAV. Habla, ¿qué ocurre? ¿Eva?...
CAM. Yo creo que se ha vuelto loca.
OCTAV. ¿Qué dices?
CAM. Que se está poniendo encima todas sus galas y adornos para volver.
OCTAV. ¿Volverá?
CAM. Es seguro... ¡Si usted le ha hechizado!... No hace más que suspirar repitiendo su nombre.
OCTAV. ¡Mi nombre! Corre... ayúdala a arreglarse... Que venga pronto. Me consume la ansiedad.
CAM. Pero venir así... Se va a enterar todo el mundo. Los obreros...
OCTAV. Basta. Vete.
CAM. Voy. (Vase.)

Música

OCTAV.
Hoy por primera vez
gentil mujer me brinda amor formal.
Octavio, alégrate, que amado vas a ser
cual puede serlo un colegial.
¿Y yo en la red caí?
Podría ser que sí.
Y es que la crisis de la pasión
la sufren todos sin excepción.
¡Eva! ¡Eva!
tú la primera vas a ser
que a tus plantas
enamorado me has de ver.
(A la estatua.)
Madre sin madre,
Eva de un Dios,
de tus consejos...
madre sin madre,
Eva de un Dios,
vengo yo en pos:

II.

Hoy la Eva humana consiguió de mí
leal declaración.
Octavio se rindió, no pudo resistir
la sugestiva tentación.
¿Qué opinas tú de mí?
¿Porque te callas, di?
¿Es que a tus hijas sin excepción
prestarlas quieres tu protección?
Eva, Eva. Si Adán
fué fiel a su mujer
se comprende,
no había más para escoger.
Cuanto me inspires practicaré.
Yo te prometo
que muy discreto,
grave y formal siempre seré.
En la plegaria que te he dirigido
harto se vé
que pequé de atrevido.
Archi-abuelita,
Eva de un Dios.
¿Nada respondes?
¡Ah! Señora... adiós.

(Hablado. Mutis por el fondo.)

ESCENA XII

MAGDA y DAGOBERTO, por la segunda izquierda

Hablado

Magda Que no me sigas. Que me dejes en paz. Que regreses a París a todo escape. Yo reconquistaré a mi marido.

Dag. No, eso no. Vaya una cartita oportuna la de papá. Pero esta no es la última palabra... Yo haré...

MAGDA Tú harás lo que debes. Ser un hijo sumiso y obediente.

DAG. Comprendo que esta carta mata mis ilusiones... No es una carta... es un filtro envenenado.

MAGDA Para qué me fie de promesas... un papá ridículo que prohibe a su hijo amar. ¡Siempre será un viejo verde, concurrente a los *cabarets* nocturnos!...

DAG. Perdóname. Yo no soy el culpable.

MAGDA ¡Imbécil!

DAG. Llevas razón.

MAGDA Ea, acabemos. Es necesario que obedezcas al autor de tus días... Afortunadamente aun me queda mi esposo.

Música

MAGDA
Ante todo sé buen hijo
respetando a tu papá.
Piensa en que te dió la vida
lo que nadie te dará.
El por ti se sacrifica
sólo en pro de tu salud,
para que no se malogre
tu dorada juventud.

DAG.
¿Es decir, que entre nosotros
todo, todo concluyó?
Yo a perderte voy de vista
por decir papá que no.
¿No me guardas tu querer?

MAGDA
No puede ser.

DAG.
¿Nunca, nunca me amarás?

MAGDA
¡Jamás! ¡jamás!

LOS DOS
¡Ay, ay, ay! chiquitín
remonín. Vete ya.
o ¡ay! de ti si te ve tu papá.
No te importe mirarte en un tris.
(Chasquido de lengua silbando.)
Tú no irás a París
pobre chis... garabís. (Baile.)

DAG. Si papá buscarme quiere
otra nueva proporción,
yo me rompo la cabeza
o me parto el corazón.
Si en el otro mundo hubiera
estafetas, sin cesar
yo te escribiré postales
a las que contestarás.

MAGDA Yo me encerraré en un claustro
con mi desesperación,
y tu imagen recordando
moriré de inanición.
Yo me marcho a Singapur.

DAG. ¡Abur, abur!

MAGDA Y tú márchate a Bombay.

DAG. ¡Ay, ay, ay, ay!

LOS DOS ¡Ay, ay, ay, ay! chiquitín
remonín... etc. (Mutis bailando.)

ESCENA XIII

OCTAVIO, después EVA y CAMARERA

Hablado

OCTAV. ¡Oh, qué impaciente estoy!... ¿Volverá?... ¡Qué hermosa es Eva!... Siento a mi pesar que el deseo me esclaviza a ella... ¡Qué grande será la conquista de sus encantos! (Se abre la puerta del foro y aparece Eva y la Camarera. Esta cierra la puerta después de entrar Eva y desaparece.)

EVA Aquí estoy como ofrecí.

OCTAV. Más hermosa cuanto más complaciente... ¡Eva, te amo!

EVA ¿De veras? ¡Ah! su acento es sincero al decirlo... Pero... ¿No me encontrará ridícula vestida así, esa sociedad elegante que usted frecuenta?

OCTAV. Serás su mejor adorno.

EVA Esas mujeres...

OCTAV. Ninguna vale lo que tú.
EVA También quiero creerlo.
OCTAV. Tú sola puedes hacer la felicidad de un hombre... si le amases.
EVA No sé ocultar los secretos de mi corazón... Octavio... Me encuentro tan dichosa a tu lado.

Música

OCTAV. (Recreándose en contemplarla.)
Eva, encantadora estás.
Ninfa pareces hoy.
EVA ¿Cierto? (Satisfecha).
OCTAV. Tal perfección no vi jamás.
(Toma violentamente su mano y la cubre de besos.)

Hablado

EVA (Picaresca.) Nadie me besó la mano hasta ahora con tanta vehemencia. Como se conoce la costumbre que tiene usted de besar la mano a todas...
OCTAV. Eva, tu presencia borra todos mis recuerdos. Ya sólo pienso en ti, en tu persona pura como el lirio y hermosa como la luz. ¡Cómo te amo!
EVA Tal vez se avergüence usted de mí ante esa sociedad. Soy tan humilde.
OCTAV. No. Estaré orgulloso de ti.
EVA (Con ansiedad indicándole la segunda puerta izquierda.) ¿Quiere que entremos ahí?
OCTAV. Mis brazos te llevarán a esa sociedad en la que tu hermosura resplandecerá como el sol.
EVA Dudo y tiemblo.
OCTAV. (Entusiasmado va a dirigirse con Eva del brazo al contiguo aposento. De pronto se para y la mira). Pero si te intereso, Eva mía, preferirás como yo que estemos aquí juntos y solos. El amor prefiere la soledad.

Canto

EVA — Que me pasa no sé,
mas creo soñar...
pues viéndome aquí
mi duda es tenaz.
OCTAV. — ¿No es el sueño hermoso?
EVA — Tan bello es
que no debiera terminar.
¿Con quién podría compararme?
¡Ah! Con la Cenicienta en el Salón Real.
OCTAV. — Con la del cuento.
Ya se ve.
Mas algo falta...
EVA — ¿Qué falta?
OCTAV. — En los palacios al entrar
joyas lucirse deben.
La Cenicienta su beldad
con ricas galas adornó.
EVA — Lo sé. (Gozosa).
OCTAV. — Y tú la has de imitar.
Acuda el hechicero aquí.
(Conduce a Eva ante el jarrón.)
EVA — ¿Vendrá?
OCTAV. — Lo invocaré.
Tal vez
su protección tendrás.
(Octavio, en el tono peculiar de referir cuentos, canta. A la vez da algunos pasos, llegando junto al jarrón donde está un estuche, de él saca un magnífico collar de perlas.)
Arbolillo, agítate
y engalana mi beldad.
Sedas finas, lluvia de oro,
ricas joyas me darás.
(Eva vuélvese algo asustada. Durante las últimas palabras de la invocación, Octavio, detrás de Eva, coloca suavemente el collar en su garganta. Después pone en sus manos un espejito dorado que también está en el jarrón. Ella se contempla, admirada, y retrocede, sin apartar la vista del espejo.)

Mira, mi Cenicienta, para ti,
el cuento se tornó realidad aquí.
La joya realza tu belleza.
Entrar puede al salón su Alteza.
Mira, mi Cenicienta, qué primor,
el cuento podemos proseguir mejor.
¡Soberbias perlas son que el hijo del Rey
te ofrece en prenda de amor!

EVA (Como en éxtasis.)
Un breve instante de dicha fué
mi dulce ensueño fascinador.
Cuando a la vida real desperté
mi bello encanto trocóse en dolor.
Galas de rosa, fugaz vivir,
nacen y a poco han de sucumbir.
Cual primavera que rauda se va,
fuese mi bien también.
Mas su recuerdo en mi sér clamará:
Felicidad... ven... ven...

(Octavio hinca una rodilla en tierra. Eva se inclina lentamente hacia él, y tomando con ambas manos su cabeza le besa en la frente, como inconsciente.)

¡Octavio... tuyo es mi amor!

(Octavio se levanta y rodea con el brazo su cintura.)

OCTAV. ¡Oh, dulce criatura ideal!
Me encanta tu infantil candor.

(Eva sigue en su idea empleando el tono peculiar de referir cuentos.)

EVA Podemos seguir
y el cuento acabar
de encanto tan singular.

OCTAV. No es cuento, no.
Es la verdad más bella de la vida.
El soplo divino de la pasión,
amor feliz que nos convida.

(Dan algunos rítmicos pasos por la escena, enlazados Ambos se contemplan de hito en hito con arrobamiento.)

«No... tu mirada no apartes de mí
que sin luz me podrías dejar,
como el sol que en su ocaso
se quiere ocultar.»

Los dos	No más ingrato y esquivo temor,
	Ya rendida { me puedes / te puedo } mirar
Eva	Tuyo es mi amor.
Octav.	Escuchando el arrullo del canto de amor.
Los dos	{ Un / Si } breve instante de dicha fué... etc.

Hablado

Octav. Eva, tu amor me enloquece.

Eva También te amo, Octavio mío.

Octav. Quiero presentarte como mereces en una fiesta de alegría que tu presencia hará inolvidable. Vamos adentro.

Eva ¡Oh!... ¡Tiemblo!

Octav. Fuera temor, amada mía.

ESCENA XIV

LAROUSE y CRIADO

(Un momento a solas la escena. Abrese violentamente la puerta del fondo y entra el criado empujado por Larouse.)

Criado Le he dicho a usted que el señor no recibe... que no se puede pasar.

Larou. ¡Voto al infierno! Quítate de enmedio.

Criado Señor Larouse...

Larou. Ea, se acabó. (Le empuja y pasa.) Pasaré con mil demonios... El amo me ha citado aquí, y no me iré sin verle.

Criado ¿El amo?

Larou. Vete a tus quehaceres, títere de casaca... Te repito que el amo me espera. Conque, largo.

Criado Bueno. Allá usted. (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA XV

LAROUSE, luego OCTAVIO

LAROU. ¡Oh, cómo le bailáis el aire, seres estúpidos! ¡Grey rastrera! (Se oye la música dentro.) ¡Vive el cielo!... La alegría se desborda en en estos salones... ¡Ah, cómo bailan! Divertíos, divertíos, que acaso pronto tembléis. ¡El amo! (Al ver a Octavio que sale seguido del criado. Este vase por el fondo.)

OCTAV. Buenas noches, Larouse. ¿Qué desea usted? ¿Qué pasa? ¿Viene a recibir mis órdenes?

LAROU. No, señor. Perdone usted si le distraigo un momento de su alegría... si vengo a importunarle en la fiesta...

OCTAV. Bien, bien. ¿Qué quiere usted?

LAROU. (Muy humilde.) Señor amo, ya conoce usted el cariño de todos los obreros hacia Eva.

OCTAV. ¡Ah, ya! ¿Y viene usted?...

LAROU. Vengo por ella... por Eva, por mi Eva, por nuestra Eva.

OCTAV. ¡Eh!...

LAROU. Sí, por Eva que está aquí.

OCTAV. No está...

LAROU. Señor Octavio, es inútil que niegue lo que mis ojos vieron. Eva está aquí alucinada por usted, atraída por sus palabras... palabras que no me atrevo o no quiero calificar... Hace ya algunos días que estamos viendo sus manejos y hemos callado.

OCTAV. ¡Señor Larouse!...

LAROU. Pero la paciencia tiene sus límites... y ya no podemos sufrir más... ¿Decía usted qué quería? Pues quiero a Eva... a la hija de la fábrica, que entró aquí hace poco.

OCTAV. (Iracundo.) Basta. No sé como he tenido paciencia para oirle. Eva está aquí, es cierto, por su deseo, por su gusto. Nadie ha forzado su voluntad. Allá dentro ríe, y se di-

vierte, halagada por todos... Nadie ha pensado en causarle mal alguno...

LAROU. No, no, señor amo. Eva camina a su perdición, a su deshonra, y nosotros, sea como sea, no lo consentiremos.

OCTAV. ¿Amenazas? Señor Larouse, soy libre y no acostumbro a dar cuenta a nadie de mis actos. Además, estoy en mi casa, y recibo en ella a quien me place...

LAROU. Ya, ya...

OCTAV. Acabemos. Esta escena me es ya enojosa. Salga usted de aquí... Márchese.

LAROU. Señor...

OCTAV. Soy el amo. No lo olvide usted.

LAROU. ¿Me arroja, pues?

OCTAV. Sí.

LAROU Bueno, me voy... (Atraviesa en silencio la escena y al llegar a la puerta del fondo se vuelve y extiende el brazo amenazador.) ¡Señor Octavio, por la salud de Eva se acordará usted de mí. (Vase cerrando la puerta violentamente.)

OCTAV. Maldito viejo. Ha venido a turbar mi alegría... ¡Amenazas a mí!... ¡Bah, bah! Olvidémonos de todo... Reine esta noche aquí la alegría... Pedro... Pedro... (Llamando. Sale el criado.) Dile a Prunelles que venga. (Vase el criado y en seguida aparece Prunelles por el fondo.) Prunelles, que entren todos los invitados... que vengan... Quiero que esta noche nos atronemos al eco de las carcajadas... Que estallen la música y los cantos, y las risas... (Prunelles comienza a sacar una a una las damas al son de la música. Octavio va recibiéndolas en sus brazos.)

ESCENA ÚLTIMA

OCTAVIO, PRUNELLES y algunas damas

(que bailan en caprichosos giros durante unos momentos). Después DAGOBERTO, MAGDA, TEDY, FREDY, VOISIN, Coro de Caballeros y Señoras, más tarde LAROUSE y Obreros

Música

(Baile de Octavio, Prunelles y damas.)

DAG. (Saliendo con una botella de champagne y copa.)
Silencio, caballeros,
y mi brindis escuchad.

TODOS
A ver, a ver
es menester callar.
El brindis en cuestión
será piramidal.
Las musas nos amparen
como en verso sea su cantar.

DAG.
En todas las fiestas así
es el brindis lo principal.

TODOS
Y al buen bebedor
precisa animar
con el corriente
tra, la, la, la! (Broma.)

DAG.
Amigos, hoy nos hallamos
en pleno paraíso terrenal.
Una Eva la manzana dió.
Bien todos comprenderán.
Una Eva, bella concepcion ideal,
A quien obsequió
su tierno galán,
entre frases de amor
con un collar...
que cayó
de region celestial.
¡Ah! recibid leal parabien
y a la par mi gentil bendición patriarcal.
Impetrando la paz...

¡Y... récipe... A... mén! (Bufo.)
¡Ah, ah, ah, ah!
(Bendice a todos grotescamente.)

TODOS ¡Bravo, bravo! ¡Viva Dagoberto! ¡Viva [Octavio!
¡Viva Eva! ¡Viva! (Gritando.)

DAG. Venga, venga aquí el champagne,
creyentes fieles,
a brindar.

TODOS Champagne. (Bis.)

(Un criado vuelve a llenar las copas, Octavio apura la copa de un solo sorbo.)

OCTAV. Hoy nos anima la juventud. ¡Hurra!
las copas hay que apurar.
También se agotará el placer.
gozad las venturas que raudas se van.

(Octavio levanta la copa sosteniéndola con las puntas de los dedos a la mayor altura posible.)

Mi copa testigo
de felicidad
os juro que nadie
podrá profanar.

(Vacía de un trago la copa, abre la ventana y la tira. Eva sigue los movimientos de Octavio con curiosidad febril.)

MAGDA (Saltando sobre la mesa con la copa en la mano.)
«A media noche aquí
velando el diablo está...
Se ríe y algo dice
que no puedo yo explicar.»

TODOS Plin, plirin... etc.

MAGDA Oculto en un rincón...
preludia sin compás... etc.

EVA (Vacía de un trago su copa también, excitadísima, atrayendo a Octavio.)
Ven, mi amor...
ven mi afán.
Sólo Octavio
mi dueño serás.
«Mi copa testigo
de felicidad
os juro que nadie
podrá profanar.» (Tira lejos la copa.)

TODOS — Los duendes de Montmartre
me suelen despertar... etc.

(Octavio descompuesto en el apogeo de la orgía, dirigiéndose a la estatua de Eva.)

OCTAV. — Tu... bastante has disfrutado del pedestal. (Coloca a un lado a la estatua.)
Otra Eva debe substituirte. Ven, ideal...

(Tomando a Eva con ambas manos la coloca en el sitio de la estatua. Todos forman un semicírculo a su alrededor alzando las copas.)

TODOS — Es el placer sutil
lo mismo que el cristal... etc.

(Gran orgía. Óyense por dentro gritos y silbidos; gran barullo de muchedumbre. Los de escena demuestran todos terror y sobresalto. Eva baja un escalón del pedestal y mira a Octavio con ansiedad.)

Hablado

LARO J. — (Dentro.) ¡Abrid, abrid.

GENTE — (Dentro.) Abrid pronto. (Pausa escénica, todos callan.)

CRIADO. — (Entra agitado.) Los obreros echan la puerta abajo.

OCTAV. — (Con dureza.) ¿Está bien cerrada? (Óyense golpes dentro.)

CRIADO — ¿Qué importa? Son muchos.

OCTAV. — (Se asoma a la ventana, aumentan las voces y gritos.) Se acordarán de mí. (A los invitados.) Pronto?... Todos.., despejad.

EVA — Yo... a tu lado.

OCTAV. — No, mi vida. Márchate, lo quiero. (Vanse todos. Fredy y Tedy llévanse a Eva. Óyese por dentro destrozar la puerta. El tumulto crece. Octavio queda solo en escena, de pie, vuelto hacia la puerta do entrada, una mano en el bolsillo del pantalón, contraídos los labios. Entran obreros de todas edades, después Larouse que se impone a los demás asaltantes. Los obreros permanecen quietos mirando con cierta curiosidad el deslumbrante cuadro que ofrece la sala.

Octavio se cruza de brazos, Larouse avanza con paso firme y se detiene ante Octavio.)

LAROU. Hay doscientos compañeros ahí fuera que esperan la señal para prender fuego a la fábrica y no dejar piedra sobre piedra... Eva es nuestra y venimos por ella... Y ¡ay del que se oponga! Es nuestra hija adoptiva.

OBRS. Nuestra.

OCTAV. ¡Atrás!

LAROU. La queremos demasiado para abandonarla en sus brazos.

OCTAV. Aquí soy el amo... Estoy en mi casa. ¡Fuera!

LAROU. No, no... Nosotros somos amos de nuestra voluntad.

OBRS. ¡Eva! ¡Eva!

LAROU. ¡Compañeros... adelante!

(Con ademán imperioso ordena a los obreros que le sigan; avanzan todos. Octavio quiere cerrarles el paso, algunos sujetan a Octavio apartándole.)

EVA (Aparece de pronto dando un grito de angustia e interponiéndose entre los obreros y Octavio.) ¡Mi Octavio! ¡Atrás! (A los obreros que sujetan a Octavio. Eva protegiéndole.)

LAROU. ¿Ella le defiende? (Inmóvil.)

EVA Sí. (Varios intentan avanzar hacia los dos.)

OCTAV. Ay del que se atreva a mí... o contra ella .. Eva es mi futura esposa... mi prometida.

LAROU. ¿Cómo? ¿Qué dice usted?

OCTAV. Que es mi prometida.

LAROU. ¿Pero, eso es cierto? (Confuso.)

OCTAV. ¿No es bastante mi palabra?

LAROU. Siendo así, no hay más que hablar. En nombre de todos... digo... que hemos procedido con ligereza. Pero nuestro cariño por Eva, nos disculpa... La amamos tanto. Señor, perdónenos...

OCTAV. Bien. Acabemos. Acepto la explicación. Ya os podéis retirar.

(Los obreros se retiran cabizbajos, Larouse el último, al mutis vuelve la cabeza mirando a Octavio y Eva; éstos cruzan una mirada, siempre inmóviles.)

Canto

OCTAV. (Cariñoso.)
Mi vida, pasó la tempestad.
¿Te gusta mi pronta solución?

EVA. ¡Octavio!

OCTAV. Leve mentira que ha sido eficaz.
Ya ves de repente las iras calmó.
Mas del suceso no hay que hablar,
pues libres los dos nos vemos.
A la fábrica diremos «adiós»,
volaremos juntos al divino París
del placer en pos...
¡A París!
Tu talle gentil,
tu altivo mirar... etc.

(Eva queda escuchando perpleja al principio como si no comprendiera. Un vivo ademán indica que cae en la cuenta de su verdadera situación.)

Hablado

EVA (Dueña de sí misma.) ¿Conque... juntos a París? ¡Has mentido! Quieres solamente mi perdición... ¡Aparta... aparta! (Apartándose rápidamente de Octavio.) Seguiré sola el camino... ¡Aparta. Déjame!

(Se quita el collar de perlas y lo arroja al suelo, dirigiéndose a la puerta del fondo y desapareciendo.)

OCTAV. ¡Eva! (Suplicante). ¿Qué he hecho? ¡Mi acción ha sido una iniquidad, una infamia!

(Va hasta el primer término derecha, recoge el collar del suelo y cae sollozando sobre la mesa; algunas parejas de invitados atraviesan la escena cautelosos envueltos en sus correspondientes abrigos, desapareciendo por el fondo.)

TELÓN PAUSADO



ACTO TERCERO

En París. Jardincito de un hotel-palacio modernista. El palacio mismo en el fondo sobre una terraza de la que se baja en escena por amplia escalinata de tres peldaños. Mesitas de te en el jardin, macizos de flores, muebles adecuados. Sobre la terraza en el fondo de la misma, tres habitaciones cuyos interiores cubren tres ricas cortinas de seda roja y que corresponden a las tres arcadas que separan el jardín de la terraza. La habitación del centro es la mayor, es un tocador de señora en cuyo fondo hay un magnífico espejo de cuerpo entero y al lado un tocadorcito con espejo de mano. Está toda tapizada de rojo. Las dos habitaciones laterales son dos saloncitos tapizados de azul. Las tres aparecen con las cortinas puestas corridas. De día. La tarde. Va obscureciendo poco a poco. Detrás de la cortina de seda del *budoir* del centro, otra de encaje transparente. En los tres interiores, luz eléctrica.

ESCENA PRIMERA

MAGDA, luego EVA

(Magda sale del saloncito de la derecha dejando descorrida la cortina. Trae una carta en la mano. Al pasar ante la cortina del saloncito del cuarto de Eva, dice: «Eva» como si llamase. La voz de Eva contesta dentro: «Voy.» Magda baja a la escena por la escalinata del centro de la terraza. La voz de Eva se oye en el gabinete de la izquierda. Visten traje elegante de calle, sombrero y sombrilla.)

MAGDA ¡Eva!

EVA ¡Voy!

MAGDA Carta de Dagoberto. Su padre continúa inflexible... Será preciso que ceda. Yo no estoy dispuesta a continuar así. Es hora

de pensar en ser una señora respetable... y para eso hace falta un marido. ¿Quién se atreve de esta forma a faltarla a una al respeto? Estoy establecida. Tengo mi casa. Esta linda casa donde por las tardes, dos veces a la semana, acuden mis íntimos a tomar el te.. y a estirar un poco de la oreja de Jorge. Pero eso no es bastante... Codiciable es la primavera de la vida... gozosa en el verano... lánguida en el otoño... Llega el invierno y hay que reconocer que la libertad tiene sus límites y que un marido es, contra el frío de la maledicencia, la prenda de abrigo más codiciable. Dagoberto será mi esposo bis o me iré a buscar a Prunelles a la fábrica de Octavio y revivirá el idilio.

EVA (Saliendo del budoir y llegando hasta Magda.) Ya estoy vestida. Haremos honor a tus invitados.

MAGDA Pronto llegarán.

EVA Oh, no sabes lo que te agradezco tu hospitalidad, que me brindaste allá a la fábrica tan desinteresadamente, ofrecimiento, que como ves, he aceptado después de mi fuga de aquellos lugares, de dulce y triste memoria.

MAGDA Tú harás suerte en París. Eres joven y guapa... Además, aquí, tendrás buenos modelos en las parisienses.

EVA Dices bien. Embriaguémonos de alegría. París es la ciudad de la luz... Oh, divinas parisienses, ya os conozco, y os tomaré como maestras.

Música

EVA Por su elegancia y fina gracia son
las parisienses una institución.
Y al ver la pompa
del estético elemento

hasta el apetito holgazán
muestra ardimiento.

MAGDA Fastuosa y extra chic es su *tualet*...
sus ojos astros son tras el *vualet*
sus labios de mohines
bella fundición...
que vuelven en sonrisas
al decir, «Pardon».

EVA Aquí es ridícula bobada
por sólo un hombre ser amada
y enamorarse de uno sólo es harto triste
porque en el mundo ya la fe no existe.

LAS DOS Desdén inspira la discreta
no triunfa más que la coqueta.
Yo cual novela prohibida quiero ser
así con fruición me han de leer.
Siempre la obscuridad
despierta inmensa curiosidad.
Y en el misterio encantador
las dulces intrigas
se traman mejor.
Es fuerza suspirar
y al sexo fuerte debilitar
hay que tratarlo a puntapiés
(Ademán.)
para infiltrarle más interés.

II

La parisiense sale a pasear
y como alondra cruza el *bulevar.*
Aquello no es andar
y el que la mira... peca;
es deslizarse cual monísima muñeca.

EVA Ya sabes que la miran con amor
lo mismo que el *camelot* que el gran señor,
que la persiguen
practicando eterna ley
igual que los satélites al astro rey.
(Repiten el estribillo. Baile.)

ESCENA II

Dichas y PRUNELLES

PRUN. Acá estamos todos. Saludo a las dos más exuberantes bellezas de París.

LAS DOS ¡Prunelles!

PRUN. En cuerpo y alma. Sentía ya la nostalgia de París... y de mi ex-esposa la coqueta parisién, emblema del más puro flirt.

MAGDA ¡Qué sorpresa!

EVA ¿Has abandonado la fábrica?

PRUN. Aquello era inaguantable desde que me convencieron a guantadas de que no debía responder por el amo, cuando llamaban al amo con ánimo de repartir leña. Buena la hiciste, Eva, y buenos nos dejaste. Temí que tu fuga fuese mi sentencia y abandoné la fábrica viniendo a decir al amo: o me proteje usted, o me pierdo... andando por París. Por fortuna he encontrado al amo de buen humor y me ha dicho: «Quédate. Te proporcionaré la dirección de los grandes almacenes *Le Primtemps*, o te colocaré en un banco.» Ya véis que fortuna. En un banco. ¿Puedo sentarme?

MAGDA Como gustes, Prunelles.

PRUN. ¿Cumplirá sus ofrecimientos?

EVA Puedes dormir tranquilo fiado en su promesa. ¿No ves que bien cumple las que me hizo?

PRUN. Cierto... A ti te ofreció su mano y se nos escapó con las dos en los bolsillos... ¿Pero sabes, Eva, que estás desconocida?

EVA ¿Qué tal me encuentras?

PRUN. ¡Encantadora!

EVA ¿Lo crees?

MAGDA Vas a ser admiradísima por los amigos que acuden esta tarde a tomar el the en mi casa. Especialmente el duque Jorge va a quedar deslumbrado.

EVA ¿El Duque?

MAGDA Un inglés distinguidísimo... Joven, millonario... alegre... derrochador...

PRUN. Ah, sí. Magnífico partido.

MAGDA Ya está en París. Animo y a triunfar.

EVA ¿Acaso sé yo a qué he venido a París? Me ahogaba en la fábrica desde que Octavio la había abandonado. Como faltó a su palabra, creía en todos notar desconfianza y reproche. Huí y me vine a París donde sólo a ti conocía y en cuya casa busqué refugio. Sé que allá me querían, pero mi alma ya no estaba allí. Vine a París en busca de Octavio. ¿Qué extraño que el cuerpo viniese tras el alma? Pero una vez aquí todo me espanta y todo me seduce. Estas mujeres no son las cursis y las pazguatas de mi provincia. Las tengo miedo por audaces y las tengo envidia por elegantes y divertidas. No sé qué haré. Depende de él todo. Si me quisiese yo alumbraría su hogar con la llama de mi amor. Si no, haré lo que tantas otras.

MAGDA ¿Irte con el diablo en coche?

EVA Sí... Lanzarme al torbellino del placer alegre y fácil... No abandonar París. Este París seductor de tanta Eva sin paraíso. Cuánto envidio a estas mujeres.

PRUN. ¿Y has visto a Octavio?

EVA No. Le temo y le deseo.

PRUN. Pues pronto lo tendrás aquí.

EVA ¿Qué dices?

MAGDA ¿Crees que vendrá?

PRUN. Sí. Me ha citado en tu casa. Antes de dejarlo, oí que pedía el auto para las cinco. No tardará en llegar.

MAGDA Ya conoce mis reuniones. Sabe que vienen personas muy distinguidas. (A Prunelles.) Tendré sumo gusto en presentártelas. Sobre todo al Duque.

PRUN. Oye. ¿Y Dagoberto? ¿Vendrá también?

MAGDA Sí.

PRUN. ¿Y tus amores?

MAGDA Aguardamos aún el consentimiento de su papá.

PRUN. ¿Aun estás vacante?

MAGDA Si tu quisieras. (Cariñosa.)

PRUN. (Displicente.) Esas cosas del amor hay que pensarlas despacio. Ya conoces mis teorias sobre la fruta prohibida. Mira; por ahora, prefiero ser... el *otro*. La fruta a nuestro alcance... nos hastía.

MAGDA Eres un pícaro. Ya hablaremos.

PRUN. Sí; ya hablaremos.

MAGDA Bueno. Aquí os quedáis. Voy a ver comó anda la servidumbre. Los invitados vendrán pronto. (Vase por la escalinata derecha.)

ESCENA III

EVA, PRUNELLES, luego voz de OCTAVIO

EVA ¿Viste a Octavio?

PRUN. Como te veo a ti.

EVA ¿Te habló de mí por casualidad?

PRUN. Ni por casualidad te nombró siquiera.

EVA ¡Ah!

PRUN. Pero yo te nombré. Le dije lo de tu fuga.

EVA ¿Y qué?

PRUN. Suspiró muy hondo.

EVA ¿Creés que me ama?

PRUN. ¿Por qué no ha de amarte? Sólo creo que le va bien la ropa de paisano.

EVA ¿Y qué?

PRUN. Que no quiere casaca.

EVA Entonces no me quiere.

PRUN. Sí, mujer. Pero considera las diferencias que os separan. El es mucho. Tú nadie.

EVA Soy Eva.

PRUN. Una muchacha viva... nerviosa... sensible... amante... Pero nada más... Para eso sí... para amante creo que te preferirá a todas las demás mujeres.

EVA No lo seré nunca.
PRUN. Pues marido, ni soñarlo.
EVA Lo veremos... Me lo ofreció...
OCTAV. Sé el camino. (Dentro.)
EVA ¡El! No... Ahora no. Chist. De lo que hemos hablado, ni una palabra.
PRUN. Por mí... créeme un pozo...fondo.

(Eva sube corriendo la escalinata y entra en el gabinete de la izquierda.)

ESCENA IV

PRUNELLES y OCTAVIO

PRUN. Muy bienvenido, señor Octavio.
OCTAV. ¿Se cansaba usted de esperarme?
PRUN. No.
OCTAV. Estando solo...
PRUN. ¡Chist! Estaba con ella.
OCTAV. ¡Eva!
PRUN. Está allí.
OCTAV. ¡Eva! Hermoso sueño irrealizable. Un amor dulce y tranquilo... Un hogar alegre dignificado por el trabajo. Una mujer toda nuestra en cuerpo y alma.
PRUN. Eva.
OCTAV. Allí hubiera podido ser eso. Aquí, ¿quién sabe? El aire sensual de París corrompe la inocencia. Eva era inocente. ¿No será ya cortesana?
PRUN. No, señor. Y en todo caso, ¿quién sería el culpable?
OCTAV. Yo; no lo niego. Pero esos males no los cura quien los causa. Además, yo vivo en la realidad. Amo el amor más amado cuanto más inconstante. ¿Y mi honor de calavera? Cómo se reirían de mí si me viesen casado. Todas mis víctimas se sentirían verdugos. Lanzarla... Eso sí... Daría por ella mi oro y mi sangre en vértigo de locura pasional que haría su vida continuo

placer, sin pena que no consolase, sin capricho que nos satisfaciese... Orgías, fiestas... coches, galas, joyas, trajes, todo. Y sobre esto, amor sin fin, delirante y ciego, abrasador e insaciable.

ESCENA V

Dichos, MAGDA, DUQUE, FREDY, TEDY, Coro general de Invitados

MAGDA — Adelante, señores.

OCTAV. — Salud á la Gran Bretaña, Duque.

DUQUE — Amigo Octavio, ¡hurra por París! Estoy encantado.

MAGDA — ¿De esta casa?

DUQUE — Sí. Por ser suya.

MAGDA — Y por vivir en ella mi amiga Eva.

DUQUE — No lo niego, mujer encantadora. Me inflama de pasión.

OCTAV. — Con franqueza, Duque... de esta amable Francia... de este parisinismo, ¿qué es lo que más le agrada?

DUQUE — Las mujeres.

MAGDA — Tiene usted buen gusto.

OCTAV. — El de todo el mundo... La mujer será siempre el bello ideal del hombre. Y este París abunda en felices promesas. Es la moderna Capua.

DUQUE — De acuerdo.

MAGDA — El thé. (Lo sirve.)

PRUN. — ¿Dónde estará mi sitio?

MAGDA — Prunelles, toma una taza. (Ofreciéndosela.)

PRUN. — Ya lo creo... contigo... hasta la tetera.

DUQUE — ¿Y mi amiga Eva?

PRUN. — Buena tetera. (Que examinaba la que Magda tiene en la mano.)

DUQUE — ¿Eh?

PRUN. — De plata.

ESCENA VI

Dichos, EVA (traje elegante de soirée.)

EVA Señores...
OCTAV. ¡Eva!
DUQUE Por fin luce el sol, señorita. Hay en ese rostro adorable, dos soles. Dos soles que abrasan el corazón.
PRUN. El thé se enfría.
DUQUE ¿Eh?
MAGDA Voy a presentarte a mis amigos, Eva... El duque Jorge.... Tedy, Fredy...
DUQUE Su admirador fervoroso. (Besando la mano de Eva.)
TED. Ya nos conocíamos.
FRED. En un famoso baile allá en la fábrica.
PRUN. De donde salieron ustedes vivos por milagro.
DUQUE ¿Quién es este caballero? (A Octavio.)
OCTAV. ¡Silencio! (A Prunelles.)
DUQUE Esas flores que usted luce, envidian su belleza y su frescura. Su hermosura sin rival ha cautivado mi alma, Eva.
EVA. No en balde tiene Inglaterra fama de galante.
DUQUE Sería dichoso, Eva, si me aceptase usted por esclavo.
PRUN. El hombre es libre.
DUQUE Libre de elegir sus cadenas. Yo acepto las de usted, Eva, si quiere arruinarme.
OCTAV. ¡Duque!
DUQUE Los ingleses no malgastamos el tiempo. Hable con sinceridad, Eva. Si quiere usted honrarme con su presencia... doy esta noche una fiesta en mi palacio. Avenida de la Opera, 35. Habrá un auto esperándola ante la verja de este hotel.
MAGDA Acepta.
EVA (¿Y él?)
MAGDA (Por él.)

EVA (¿Se llama a eso lanzarse?)
MAGDA (¡Sí.)
EVA Pues acepto.
PRUN. ¡Eva!
EVA Sí, ha de ser... ¿Por qué dilatarlo? Yo vivo en la realidad, amo al amor más amado cuanto más inconstante. Me lanzo. Pero pido en cambio todo el oro y toda la sangre del hombre que me pretenda. Un vértigo de locura que haga mi vida continuo placer, sin pena que no consuele, ni capricho que no satisfaga. Orgías, fiestas, coches, galas, joyas, trajes. Todo... Y sobre esto amor sin fin, delirante y ciego, abrasador e insaciable.
DUQUE Eso ofrezco.
PRUN. (Nos oyó.)
OCTAV. (Es una venganza hija del despecho.)
EVA Esta es mi mano.
DUQUE Qué beso, jurando ser amante rendido, tierno y consecuente... Por diez millones de francos.
OCTAV. (Oh, rabia. Qué despecho.) ¿No se juega hoy? Señores, próspera la tarde para Cupido... pero no olvidemos el ecartée. Señor Duque, le reto a una partida. Cuidado esta tarde con mi juego, porque voy a preparar las cartas.
DUQUE Acepto. Eva, lo dicho. ¿Esta noche?
EVA Esta noche. (Vanse el Duque y Octavio por la escalinata.) (¿Se fué?)
MAGDA (Volverá.) Al salón, señores. Y Dagoberto sin venir. ¿Se lo habrá prohibido su padre? ¿El brazo, Prunelles?
PRUN. Con mil amores. (Dándoselo, vanse con algunos invitados.)

ESCENA VII

EVA, TEDY, FREDY y Coro

TED. El Duque ha vencido a Octavio.

FRED. Diez millones de francos tienen una fuerza...

EVA Pronto no tendrá esos millones.

TED. ¡Eva!

EVA ¿Me vendería yo en menos? Quiero gozar la vida de París como París merece ser gozado... Adelante, señores... Abrase el Paraíso... ¡Ya hay una Eva más!

Música

EVA
Cuidado niña
ven acá
que llega el torbellino ya.

TODOS
¡Hui... hui... (Imitando las ráfagas de viento.)

EVA
Alegre deja su mansión
silbando cantos el ciclón
No hay quién le pueda contener
en pos del ruido y del placer.

CORO
Hui... hui...

EVA
Invoca el nombre de Luzbel,
agita sus cabellos ya,
destroza el traje y el corcel
del diablo te conducirá.

CORO
¡Hui... huí!

EVA
Sus alas presta a la legión
de insectos fieros el ciclón,
y avanza y zumba y chilla
y al mundo maravilla...
Su ardiente soplo da vigor
y arbustos mil agosta en flor.
Invita a lanzar su ronco laud
y artero deshoja la juventud.
Yo exclamo; ya he roto
mis lazos de unión
y sola seguí mi camino.

Viví sobre alfombras de rico salón...
y en medio del torbellino.
Relego al olvido mi dicha y dolor
lloré y a la par reí...
Conozco a los hombres y ha sido su amor
lo que el huracán para mí.

(Plegaria infantil.)

Cielo, quiero recuerdos desterrar.
Haz que deje de sufrir.
Cielo. no me permitas contemplar
mi brumoso porvenir.
Ven, ven, risueña reflexión;
ven, ven, tu calmas mi aflicción.
Ven y anida constante en mí,
socorre a mi triste corazón.

(Todos repiten.)

Hablado

EVA — Ahora a esperar los sucesos.

TED. — Duquesita en ciernes... Muchas felicidades. (Vase Eva por la escalinata izquierda.)

ESCENA VIII

Dichos, menos Eva. Luego MAGDA

TED. — ¡Qué lástima de muchacha!

FRED. — Di mejor: ¡Qué lástima no ser el amante de corazón de tan linda muchacha!

TED. — No sabe Octavio lo que ha perdido.

FRED. — Pero ella sí, lo que ha ganado. Diez millones.

MAGDA — Señores, que se hace tarde. ¿No se juega hoy?

TED. — Tiempo de ver las cartas... Hay que estar pronto listo para la fiesta de esta noche.

FRED. — El Duque se mostrará digno de su nombre, de su título y de su fama. (Vanse. Magda baja a la escena.)

MAGDA — Gracias a Dios que llega mi vez. ¡Dagoberto!...

ESCENA IX

MAGDA y DAGOBERTO

DAG. Aquí estoy. ¡Gran noticia! Ha cedido papá.
MAGDA ¿De veras?
DAG. Haz tu gusto, me ha dicho. ¡Magda idolatrada!
MAGDA ¡Dagoberto querido!

Música

LOS DOS
¡Ay! ¿por qué me llamas vida,
niña hermosa y tu ilusión?
Mis labios besaría por libar
la miel del puro amor.
Yo creo que mejor será
que le digas a papá:
quiero a Magda hermosa
hágala mi esposa. (Mutis bailando.)

ESCENA X

OCTAVIO, EVA, CORO interno

Hablado

OCTAV. Es la hora de marcharnos. El Duque esperará impaciente su conquista. ¡Eva!
EVA ¿Qué? (Baja por la escalinata.)
OCTAV. Te felicito por el triunfo.
EVA Mil gracias.
OCTAV. (¡Qué hermosa está! ¡Y es para otro! ¡Para otro!)
CORO DENTRO Buenas noches.
OCTAV. ¿Por qué ha hecho usted eso, Eva?
EVA ¿El qué?
OCTAV. Lo que ha hecho. Venderse.
EVA Verá usted... Mi porvenir...
OCTAV. Estaba en la fábrica.
EVA ¡Burlón!
OCTAV. Es su cuna. Su nido.

EVA ¡Bah! Soy hija de Eva como todas. ¿No merezco más que la mísera existencia de la obrera? ¿No fué usted siempre de mi opinión, Octavio? Usted me hizo soñar las quimeras que hoy me arrastran quizás a mi perdición. De mi caída es usted el único responsable.

Música

EVA Su talle gentil... su altivo mirar... etc.
(Octavio silencioso.)
Muy bien me acuerdo
de su opinión.
Estas sus palabras mismas son...
Usted también cual sol amanece
y ha de brillar con gran fulgor... etc.
Muy bien me acuerdo de su lección.
estas sus palabras son.

OCTAV. No puedo negarlo.

EVA (Su mirada brilla encantada por el recuerdo de la canción.)
¿Y hoy debo volver a obscura tarea
después que los riesgos del mundo corrí?
¿Después de pasar mi loca odisea?
¿Después que ilusiones y dicha perdí?
Yo siento en mí correr
la sangre de mi madre.
(Ademán de amenaza contra Octavio.)
¿Quién, quién sino usted
me indujo al mal?
¿Quién, quién sino usted
me indicó el camino
que al fin me condujo más fatal?
Fué para usted una aventura
no más, señor Flober.
Mas para mí fué la muerte,
perdí la alegría, perdí el placer
de ensueños que nunca veré volver.
¡Adiós, primavera, dorada ilusión,
pavesas de mi naciente pasión.

(Se cubre el rostro con las manos, deja caer los brazos lentamente y mira a Octávio, extendiendo la mano hacia él como para despedirse. Octavio la toma queriendo atraerla, ella retira la mano.)

Hablado

EVA — Octavio, olvídeme usted también, cual yo le he olvidado. (Quiere marcharse.)

OCTAV. — Pero... esta... noche...

EVA — (Irguiéndose triunfante.) Me espera el Duque. (Sube la escalinata desapareciendo por la izquierda. Octavio mira a Eva sin comprender, luego se sienta.)

OCTAV. — ¡Valiente chasco! Y yo la indiqué el camino; que siga por él no es raro... (Su mirada fija en el suelo. La luz de la luna le ilumina. Entra una doncella en el salón, apaga las luces eléctricas, de manera que sólo quede una luz a la derecha y otra a la izquierda. Luego descorre la cortina del boudoir viéndose el fino transparente de encaje. El boudoir está iluminado. La doncella entra en él, y busca algo en el tocador. Por la derecha del jardín aparece el chauffeur de Octavio, se dirige a él quitándose la gorra.)

CHAFF. — Señor, los demás señores han partido. El auto está en la puerta, y espero sus órdenes.

OCTAV. — Muy bien. Ya voy. (Maquinalmente.) (Vase el chauffeur. Dentro voces y carcajadas. En el boudoir aparece Eva de pie ante el gran espejo. La doncella coloca en su cabellera una aguja de brillantes y arregla su toilette. Luego pone sobre sus hombros un espléndido abrigo de noche. Eva se contempla ante el gran espejo y en otro de mano. Octavio contempla a ésta admirado de su belleza.)

Canto

OCTAV. — «Mira, mi Cenicienta, que primor,
el cuento podemos seguir mejor.

Soberbias las perlas son que el hijo.
del rey te ofrece en prueba de amor!

CORO (Dentro.) Y que graciosas
y que vivarachas
aquí en París son
todas las muchachas
Sacerdotisas del Dios amor...
aroma exhalan embriaga...

(Se interrumpe la frase, la doncella corre la cortina. Eva entra en el salón que ahora está alumbrado eléctricamente, Octavio en la sombra. La doncella vuelve al boudoir y desaparece. Eva créese sola mientras que Octavio no la pierde de vista.)

EVA (Canta para sí.) «Aquella es mi madre...
así debió ser...
y frente al espejo
mi rostro al ver
contemplo a mi madre.
Debió ser así...
su alma bendita yo siento en mí.»

(Apaga la luz y baja la escalinata. El jardín está alumbrado por la luna.)

OCTAV. ¡Eva! (Cayendo a sus pies.)

EVA ¡Octavio! ¿Aun aquí?
¿Cómo? ¿A mis pies? ¡Qué contraste!

OCTAV. ¿No me amas ya? ¿Me olvidaste?
¿No te apiadarás de mí?

EVA Todo cayó en el olvido. (Con doble intención.)

OCTAV. ¿Y el Duque? (Levantándose.)

EVA Con mi desdén,
en el olvido también.
(Enamorada se abandona a él.)

OCTAV. Pues nuestro amor ha vencido. (La besa.)

Canto

LOS DOS Felicidad, ven... ven... etc.

TELÓN

FIN DE LA OPERETA

NOTA.—Por indisposición de la tiple Rosario Aracil, se encargó del papel de «Eva», Pilar Blasco.
Los autores se complacen al darle las gracias.

BIBLIOTECA

TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21-BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar
La Ola gigante
El señor Conde de Luxemburgo
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
El Sol de la Humanidad
Zazá
Mujeres Vienèsas
Hamlet
Giordano Bruno
El Nido Ajeno.
El Rey
Prisionero de Estado o La Cortede Luis XIV
Los Miserables
La ladrona de niños
Los dioses de la mentira
Cristo contra Mahoma
Juventud de Príncipe
Juan José
La sociedad ideal.
La cizaña
Entre ruinas
La vida es sueño
Sabotage
Pasa la ronda
Magda
El Papá del Regimiento
El Alcalde de Zalamea
Los dos pilletes
D. Juan de Serrallonga
El Rey Lear
Espectros
Las Cigarras Hormigas
El Registro de la Policía
El vergonzoso en Palacio
La Fuerza de la Conciencia.
Aurora
Eva

Seguirá la obra

EL BUFON

Tragedia en tres actos y en verso, de JOAQUIN DICENTA (HIJO)

Precio: DOS pesetas